

La Esfera

13 Mayo 1916

Año III.—Núm. 124

ILUSTRACION MUNDIAL



RETRATO DE SEÑORA, cuadro de Elías Salaverría

DE LA VIDA QUE PASA

BERGSON Ó LA EMOCIÓN

ESTAMOS en el aula grande del Ateneo, llena de un público atento, silencioso, recogido. Dirige la palabra á ese público, del que forman parte muchas señoras, un hombre de mirada profunda y penetrante, de rostro expresivo, inteligente, de frente espaciosa, que es como bóveda del pensamiento. Se adivina en él á la primera ojeada al pensador, aunque no le conociéramos de antes, personalmente ó por retratos. Y al mismo tiempo, la soltura de sus ademanes, la pulcritud y corrección de su traje, el tono ameno y asequible á la gente mundana, de su discurso, descubre al *conferencier* aplaudido por los públicos elegantes de París, al sabio que vive en el mundo, que conoce y practica los hábitos de la vida social, en vez de caminar como un sonámbulo detrás de su quimera filosófica, con una levita mugrienta y un libro debajo del brazo.

No es necesario decir que ese hombre es M. Henri Bergson, el gran filósofo francés que nos ha honrado con su visita. Da en el Ateneo, en el momento que reconstruyo idealmente con la memoria, una conferencia acerca del alma humana, la eterna, la gran disputa de las filosofías, respecto de la cual todo lo demás que indagamos, persiguiendo el enigma del mundo, es como una proyección, un reflejo ó acaso una sombra que se prolonga á lo lejos. No intento ofrecer á los lectores un extracto, ni una nota crítica de esta conferencia. Se presta poco una exposición filosófica á ser encerrada en un artículo de periódico. Acaso tal lector, avisado ó leído, piense que en Manuales compendiosos de Historia de la Filosofía se dedica á un filósofo no mayor espacio que el de un artículo de periódico. Hay diferencia. Estos libros se dirigen á un público que tiene alguna iniciación. El encadenamiento de las partes en una obra de esta clase hace que sirvan las unas para la inteligencia de las otras y mutuamente se ayuden y se completen. Aparte de todo lo anterior, esos extractos muy sucintos de una filosofía, sirven de muy poco. No dan un conocimiento cabal ni siquiera aproximado. Son como una etiqueta, ó una ficha de clasificación, de la cual puede extraerse un bosquejo biográfico, una indicación bibliográfica, algún rasgo ó alguna dirección general del pensamiento.

ooo

Voy, pues, á tocar solamente un punto de esta conferencia, á considerar el efecto patético en el público y á sacar de ahí tal vez un humilde escolio. Durante una hora, que ha pasado sin sentir, leve y silenciosa, M. Bergson ha explicado sutil, ingeniosa, artísticamente su doctrina del alma. Al modo de los grandes filósofos antiguos, M. Bergson cree que la filosofía puede explicarse en el lenguaje de todo el mundo, que no necesita de un vocabulario técnico como las ciencias, aunque en el curso de su historia se haya ido formando un léxico filosófico y anden impresos libros que lo explican. Como Platón, el divino, no desdena las imágenes y las alegorías. Para explicar la participación limitada, á su entender, que toma el cerebro en nuestra vida espiritual, la compara á la situación de un espectador que sólo percibiese el ir y venir de los personajes de una tragedia por la escena y no lo que dicen y representan. El público sigue atento, cautivado por la exposición, el pensamiento del filósofo, que se transparenta detrás del verbo con claridad latina. ¿Quién ha dicho que Bergson es obscuro? Como á otros filósofos, le ocurre que no es él el obscuro sino sus abreviadores, expositores y comentadores ó algunos de ellos.

Ciertamente rodea al orador una atmósfera espiritual de interés, de respeto, de admiración en algunos momentos. Pero hay un instante, al final de la conferencia en que surge un hondo, un general movimiento patético. M. Bergson preve un renacimiento de espiritualidad en el mundo. No son sólo señales ó anuncios de un futuro que se acerca. Ese renacimiento ha comenzado ya. Con palabras graves, sencillas, llenas de emoción contenida, lo explica el insigne pensador. ¿Qué otra cosa representa el espíritu de renunciación, de sacrificio que ha visto M. Bergson en su patria, la noble Francia? Hombres jóvenes han perdido la luz de los ojos y están condenados á pasar en las tinieblas el resto de su vida; otros, ha poco llenos de vigor y de vida, están mutilados, convertidos en po-



M. HENRI BERGSON

DIBUJO DE GAMONAL

bres inválidos; padres han perdido en el holocausto incesante de la guerra, uno, dos, tres hijos. Y nadie se queja; todos aceptan con fortaleza estoica ese destino de dolor que les ha correspondido y que tiene una razón, puramente espiritual, que se llama deber. Es un soplo de espiritualidad, de sacrificio que no ha podido surgir de repente, sino que es la floración del espíritu que renace, debajo del hedonismo, de los afanes y deleites del bienestar material.

Grandes, conmovedoras, en su sencillez, en su unción, limpia de aparato retórico, son las palabras del filósofo. Pero hay algo que las completa, que transcende de ellas é irradia por el ámbito del salón. Es el movimiento patético del público. Mientras M. Bergson habla, un estremecimiento de emoción cuasi religiosa sobrecoge á la concurrencia. Es un movimiento interior grave, recogido y al mismo tiempo exultante, como la emoción trágica, en que el alma, al saber de la nobleza de otras almas, reconoce la propia.

¿Porqué el momento patético de la conferencia, el instante de su máxima emoción y su máximo interés, ha sido éste en que el filósofo hablaba de un hecho, de un gran hecho social, pero al cabo de un hecho, del estado espiritual

de un pueblo? Si bien se mira, en la perspectiva intelectual, la naturaleza del alma, el enigma de su relación con nuestro organismo físico y al través de él con el universo, con la realidad exterior, es algo más vasto, más imponente, que la catástrofe europea, que el destino de estas ó las otras naciones, que la actitud moral de un pueblo en un momento solemne de la historia. Esto último, siendo tan grande, tan conmovedor, es al cabo historia, muda, accidente. Lo otro abarca todo el curso de la existencia humana desde la aparición del hombre en la tierra hasta un indefinido futuro; es, mirado desde una de sus facetas, el problema entero de la realidad. ¿Cómo la emoción ha brotado ante la exposición del hecho histórico? Porque el problema del alma se proyectaba en un plano intelectual, de conocimiento; era la luz de la lámpara de la representación y esta realidad del sacrificio, del renunciamento, corresponde á un plano moral, á algo que en nosotros es más hondo, más íntimo que la claridad del intelecto. Así esta emoción, este movimiento patético del público, ha venido á ser una demostración indirecta del espiritualismo de M. Bergson.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

LA CONMEMORACIÓN DEL SITIO DE BILBAO



El insigne escritor D. Benito Pérez Galdós en el Cementerio de Mallona contemplando el monumento erigido en honor de los héroes del 2 de Mayo de 1874

Las fiestas conmemorativas organizadas por la Sociedad «El Sitio» han revestido este año extraordinaria importancia, principalmente por haberlas presidido el glorioso autor de los *Episodios Nacionales*, á quien, con este motivo, ha hecho el pueblo de Bilbao un entusiasta homenaje

LA ESFERA

ARTE MODERNO



RETRATO DE LA SEÑORA DE URGOITI, cuadro de Elías Salaverria

CALLE
ARRIBA

LA DONCELLA DEL PERRITO

O h, rebuscadores de penas, buzos del sufrimiento, mineros de argustias! Vuestra psicología es incompleta, porque en vuestras lucubraciones y vuestros análisis, desdeñáis lo aparentemente vulgar. Ofrendáis vuestro númen a las protagonistas de la magnificencia y regateáis vuestra compasión a las heroínas del escarnio; ignoráis la grandeza de lo misérrimo, la sublimidad de lo amargamente grotesco, la excelcitud de la forzada sumisión humillante. Así, jamás cantáis la tragicomedia de la mujer y el can.

Yo he visto en vuestros lienzos y he admirado en vuestros poemas muchas veces el grupo simbólico. Unas, los personajes tienen nombres pomposos: la mujer se llama princesa y el perro lebel. Ella, la mirada abstraída, el gesto displaciente, el pensamiento trashumante por praderas de ensueño, extiende su mano transparente y afilada como las de las santas de los vitrales, sobre el servidor de pelo leonado, que hunde manso el hocico entre las patas, o lo alza husmeante como para aspirar los aromas de un verjel de leyenda. Otras veces, la princesa se trueca en apacentadora versallesca y el lebel en masín, que alza rectos los puntiagudos pabellones de las orejas perspicaces a los mordentes melodiosos del caramillo. Tal vez precede un galgo de nerviosos remos a la amazona gentil y prócer; acaso el dogo diminuto descansa en la falda crugiente y almohadillada de su dueña, mostrando en sus ojos medio cerrados la anestesia de un perfume acre y sutilísimo. Siempre la mujer es el tema y el can el acorde; ella representa la belleza, el poder, la juventud, el esplendor, el incontestado dominio; el irracional simboliza la naturaleza obediente, sumisa al don espiritual, reverente al augusto soplo que animó la eterna escultura femenina y la colmó de gracia, y la hizo digna de engendrar redentores tras una mística y prodigiosa salutación.

Al pasar calle arriba, sorprende con su brutal y despiadado contraste otro grupo. Nuevamente hallamos reunidos a la mujer y al perro; pero éste es el amo y aquélla la sierva; el can simboliza la riqueza, el bienestar, la fuerza; la hembra del avasallador de los mundos, encarna la miseria, la debilidad y la sumisión. Casi siempre, la infeliz es apenas núbil, en cuyas manos la cadena se estremece con vibración temblante, y en cuyos ojos aturcidos se ve la sensación del rubor aniquilador é inmerecido, la llorosa é implorante vaguedad del miedo estupefacto. Fijar la atención en su aturdimiento nos parece una crueldad; por su parte, la adolescente esquivo las miradas de los transeúntes, su gesto burlón, cuando no su risa insultante y chocarrera. En las mejillas encendidas, en las pupilas enturbiadas por el próximo lloro, se retrata la angustia del paria, injuriado, escarnecido, pisoteado y herido en el fango. Y, no obstante, dentro de la figurilla doliente hay algo sacrosanto: está la mujer.

¿No es pobre y desvalida? ¿No necesitó abandonar el hogar campesino, cubierto de rastros para no ser una carga para los suyos? Una voz idolatrada la dijo: «ve». Y fué resignada a la ciudad aturdidora como un enjambre. «Todo lo sufrirás»—siguió el balbuceo maternal—. Y ella todo lo sufre con el estoicismo del mártir. «Obedece, sé buena, haz cuanto se te mande». Y la niña cumple la recomendación severa como un

evangélico mandato. He aquí por qué se trocó en paje de un irracional, sucio y desvergonzado, egoísta como un relajado y torpe epicúreo. Ella no se siente humillada, ¿por qué? La mano pulcra y digna, lo mismo se ennoblece llevando la cadena de un perdiguero que las riendas de un carro triunfal. Llevará el perro con igual majestad (la majestad de la Dorotea de Goethe), con que guió en el campo la pacífica yunta; con igual dignidad serena (la dignidad de Ruth), con que apacentó las ovejas, con que agavilló las espigas y limpió el establo sin macularse.

Pero las gentes ríen: ríen de las fantasías gorras del bruto, de sus actitudes y contorsiones, de sus tirones bruscos a la cadena que arrastra tras sí a la pobre esclava en desesperados esfuerzos, de la curiosidad olfateante de la bestia sensual, que acaba casi siempre en las posiciones más desvergonzadas y cómicas. Los transeúntes ríen a carcajadas, ríen como Falstaff en Windsor, como Gargantúa en Seuillé, como Sancho en Sierra Morena. El espectáculo es delicioso, y la ignorancia y el candor de la niña contribuye a darle un inesperado relieve, que se traduce en una frase obscena ó un calificativo denigrante, jamás aplicado a quienes, abusando de su dominio, infligieron a la niña una inmerecida vergüenza y un intolerable suplicio.

Suplicio que, como todo, tiene fin; no se despierta en vano a la vida entre vejaciones y lágrimas. Se fortifica el ánimo; se conoce el mundo y se le desprecia; se adivina que, en la lucha con todos hay armas que esgrimir; burlas que devolver; golpes que parar y puñaladas, que bien pueden ser, para el adversario, de misericordia. Un hermoso día, la niña, trocada en mujer, declara vigorosa y paladinamente que no quiere salir con el perro, y se marcha. Ha comenzado la verdadera vida errante en que se vence ó se es vencido, en que se siente atada al cuello para siempre la cadena del can ó se experimenta en las manos el temblor férreo con que procuran sacudir sus eslabones los pescuezos ajenos sometidos a servidumbre. Pero el dolor no es motivo de burla; menos puede serlo la victoria, que tiene un sabroso nombre: ¡venganza!

Alguna vez, en el palco de un teatro en noche de gala, ó arrellanada sobre los almohadones de un Panhard, ó asomando su faz risueña tras los cristales de un *sleeping*, vemos a una mujer

cuyo rostro nos es conocido y cuyo recuerdo concreto queremos evocar en vano. ¿Dónde la vimos? ¿Qué asociación de ideas hay entre sus facciones bellísimas, sus joyas deslumbrantes, sus vestiduras opulentas y nuestros paseos de estudiantes a través de las calles henchidas de bullicio? Y, sin saber por qué, en la fisonomía de su acompañante, millonario ó aristocrático heredero de altos blasones, ó despilfarrador grosero de riquezas, creemos encontrar semejanza con un perro grotesco que vimos no sabemos dónde, librándose a las más bizarras extravagancias, arrastrando tras sí a una muchacha vacilante, sofocada, llorosa, a la cual se enseñó prematuramente a desafiar el ridículo y a manejar cadenas; cadenas que tenían que acabar por ahogarla ó que ser para sus verdugos, en lo futuro, un instrumento de expiación.

ANTONIO ZOZAYA

DIBUJO DE BARTOLOZZI



POR LA ASTURIAS TENEBROSA EL CONCEJO DE MIRANDA

Si por lo accidentado de su suelo ha merecido Asturias el sobrenombre de «la Suiza española», á ninguno de los rincones asturianos le cuadra mejor tal sobrenombre que á los agrestes concejos de Miranda y de Somiedo.

Para visitarlos, el turista tiene que ir de Oviedo á Grado por el precioso ferrocarril vasco-asturiano de la ribera izquierda del Nalón, pasando por el maravilloso puente de Fuso de la Reina; por las inmediaciones de la fábrica nacional de Trubia, y á través de la quebraja de Peñaflores, laberinto terrestre junto á donde se cruzan cuatro formaciones geológicas distintas, y donde los astures defendieron su independencia contra los franceses, como antaño contra los romanos y los árabes. Ya en la espléndida ciudad de Grado, la más bella, después de Gijón y Oviedo, hay que tomar un automóvil de línea que, despeñándose materialmente, baja á la orilla derecha del Narcea, el émulo del Nalón, el hebreo «río impetuoso», del Padre Caryllo en su famoso cronicón.

Sigue el automóvil por la orilla del Narcea, frente á Cornellana y otros pueblos del concejo de Salas orlados con todas las maravillas de la incomparable vegetación astur. Cruza á pocos kilómetros el río Pigueña por el puente de San Martín de Lodón, por encima de la confluencia del Pigüña y el Narcea, junto al baluarte del frontero monte Conrío, donde en 1809 fuera derrotado por aquellos *almogábares* el propio mariscal Barthelemy.

Luego remontamos hacia el Sur por la falda de dicho monte y los de Arcello y Begega de la vecina serranía de la Brueba, cada vez más apasionados entre los taludes del valle que se estrecha hasta casi cerrarse en las proximidades de Belmonte. A partir de esta ínfima capitalita judicial de Miranda, Salas, Teverga, Somiedo, Jernes y Tameza, diríase que *se acaba el mundo*, pues ya no quedan ante la espantada vista del viajero sino caóticas pizarras cambrianas, cada vez más hondas, avaras de sus granates, sus

esmeraldas y su oro; fantásticas y dislocadas cuchillas verticales de irísea cuarcita siluriana, perdiéndose en la altura, y *locas* cresterías verticales y extra-verticales ó en equilibrio inestable, de las calizas devonianas, carboníferas y pérmicas, esas mismas que dan á la *tierra de Don Pelayo*, á lo largo de los montes cantabro-astúricos que van desde la Vasconia y Santander á Galicia, su inestimable cuanto mal explotada riqueza minera.

Las hermosas fotografías adjuntas que debo á la bondad de mi gran amigo y Mecenaz asturiano D. Antonio López de Miranda, apenas si pueden dar pálida idea de aquellos laberintos. Hay sin duda que verlos, y no merece en verdad el nombre de español el geólogo que no se sepa palmo á palmo Asturias, como se la supieron el gran alemán Schulz; el químico francés Paillete; nuestros incomparables Jovellanos, Luxan, Fuertes Acevedo y unas cuantas docenas, en fin, de geólogos ingleses, en paralelos muy notables entre las dos *geas* de Iberia y de Inglaterra.

En Miranda y Somiedo *lo llano* no existe, ni siquiera para los emplazamientos de las casas, sino sólo montes, que son sendas atalayas inaccesibles y sepultados ríos, que son diáfanas arterias torrenciales, entre taludes también inaccesibles de peñascos y bajo los que *veranean* tranquilas truchas, salmones, anguilas y demás sabrosos peces, después que logran malamente escapar de los criminales artefactos que, á despecho de las autoridades y bajo la protección de caciques á los que podríamos señalar con el dedo, están acabando con la pesca bastante menos noblemente á cómo sus antepasados casi exterminaron á los osos de la Cordillera. ¡Historia eterna, de la que no podrá redimirse España, sin un milagro, una revolución ó una conquista extranjera!

Cada pueblo de la región simboliza el triunfo de sus míseros habitantes sobre una naturaleza maldrastra que, valga la frase, no le deja sentar el pie, sin riesgo de ahogarse ó despeñarse.

Los unos, como en Agüera, Rozos, Almurfe, Aguas Mestas, la Riera y el Castro al mismo borde del encajonado río á quien roban sin embargo ínfimos praditos de esmeraldas, con las huertas y sus casitas medio fluviales, casitas-hórreos desde cuyas ventanas lo mismo se pueden cazar pájaros en el castañar frontero que pescar en las aguas truchas. Los tejados de las casas más bajas colindan con los zócalos de las casas vecinas, y así, precipicio arriba, con un arte espontáneo que es el encanto de los ojos y el *descanillamiento* de las piernas del turista, se empalman otros pueblos escondidos á media ladera en un escaloncillo de la montaña, cual Cigüedres, La Fabera y Castañero, hasta llegar á las brañas de las cumbres de San Esteban, Villar de Zuegos, el Quintanal y el Abedul, habitados por una raza aún casi proscrita, la de los *vaqueiros de alzada*, antiguos parias como los *agotes* navarros, los *chuetas baleares*, los *cagots*, *auvergniac*, etc., franceses, *vaqueiros* que desde sus brañas de invierno, se han internado, nieve arriba, dominando los más enhiestos puer-



La carretera, junto á Castropol



En las inmediaciones del salto de agua



Uno de los valles de Castropol



Picachos de la Mameirúa, junto á Almurfe

tos de Lcitariegos, Somiedo, Pajares, Laviana y cien otros en buena compañía con los ganados de esos castellanos trashumantes flor y nata de la vieja hidalguía española del medio-evo.

A nuestra espalda quedó ya Belmonte con los ruinosos claustros del que desde el siglo xiii fuera Monasterio de Santa María de Lapedo. Aquellos cistercienses, los señores de horca y cuchillo del vecino castillo de Miranda, y la poderosa Mitra de Oviedo en sus triples tiranías sobre los pobres pecheros sin *fuero*, son toda la historia de aquel rincón oscuro, apocalíptico como un dibujo de Gustavo Doré para ilustrar *La Divina Comedia*. Allí profesara Jovellanos en la Orden de Alcántara en 1792; por allí, en Agüerina, naciera aquel jesuita y cardenal glorioso que se llamó D. Alvaro de Cienfuegos y Sierra, *Millefuchi*, como le decían los italianos, quien salvó del olvido el tan curioso centón de 800 páginas, obra de su compañero P. Luis Alfonso de Carvallo, centón semi-mítico intitulado «Antigüedades y cosas memorables del Principado de Asturias», al que tenemos que recurrir constantemente todos los amantes del solar asturiano.

Una anécdota del eximio cardenal. En medio de su pompa pagana de príncipe de la Iglesia en el siglo xvii, un convecino suyo necesitó, por accidente, visitarle en Roma. Los *suizos* no le dejaban acercarse al purpurado ni un día ni otro, hasta que, exasperado, se le ocurrió un expediente de resultado infalible. En efecto, esperó el paso de una de las procesiones más solemnes de la Ciudad Eterna y, desde una esquina estratégica, á tiempo que pasaba su Eminencia, lanzó con ese sonoro acento montañés con que en Sevilla también asestan una *sae-ta* al Cachorro, un *¡i-ju-ju!* ¡Viva Agüerina!, que conmovió al Cardenal en su

más íntima fibra aldeana. Excusado es añadir que al punto se hizo traer á su palacio al indiscreto paisano, y al par que le abrazaba no se le ocurrió otra cosa que preguntarle á boca de jarro: —¿Qué dirían les mocines de Agüerina si me vieran tan maju con estos trajes?— ¡La vanidad, como el placer de la mesa, según Brillat-Savarin, sobrevive en el hombre, por purpurado que sea, á la ruina de los demás placeres que en la juventud nos cautivan (1).

El automóvil camina con poca velocidad, influenciado por la majestad del paisaje, cual si tratara de prolongarnos aquellas estáticas con-

(1) Por histórica dan esta anécdota los Sres. Murillo y Valdés en su trabajo inserto en la obra monumental de Asturias por Octavio Bellmunt y Fermín Secades.

El salto de agua de 580 metros
FOTS. LÓPEZ DE MIRANDA

templaciones que tan poco cuadran con su ciega y alocada marcha. Una sensación extraña, mezcla de opresión, de sublimidad y de espanto, se va apoderando de nuestro ánimo á cada curva de la carretera, entre el talud vertical tallado á fuerza de dinamita en el precipicio de la derecha y el muro de sostenimiento que, por nuestra izquierda, soporta los embates del río socavando verdaderos pozos de muchos metros. Aquellas termópilas, festoneadas por ya escasos árboles, se prolongan más de 27 kilómetros, sin otras interrupciones que las de las afluencias de los riachuelos tributarios, algunos de los cuales se han abierto paso hasta bajo la roca, como se le ha tenido que abrir también la carretera con cuatro imponentes túneles que amenazan cual si

fuesen á hundirse al estrépito de nuestra profana marcha por aquellos recónditos santuarios naturales donde, en majestad y silencio ultraterrestres, sólo se escucha vaga, esfumada, misteriosa, la mágica nota *fa*, la tónica ultra grave de las aguas murmurando entre los peñascos rodados de las ingentes cumbres y la de los recios vientos, huracanados con frecuencia, que entre tales abismos *del Dite* silvan conmoviendo hasta sus cimientos aquellas fortalezas plutónico-neptónicas que con sus cuevas, temples, arcos triunfales, túneles y demás fantasías arquitectónicas, remedan al frío panorama que el telescopio nos permite contemplar en las montañas de la luna.

De las mismas montañas de la luna, en efecto, parece caer á plomo la corriente del primer salto de agua de España y el segundo del mundo. El salto del Castro, de más arriba, con su caída de casi seiscientos metros.

M. ROSO DE LUNA

CUENTOS ESPAÑOLES

LA MUECA DEL MISTERIO

Como un ave de encantada conseja, como uno de esos hechizados príncipes que, revestidos por una hada maligna de irisados plumajes, cantan ocultos entre las frondas de un jardín, Julián Gayarre entonaba con su portentosa voz el aria de *El pescador de perlas*. Era como el canto del ruiseñor que en la espesura saludara á la luna, como el murmurar de un surtidor oculto entre rosales, como el suspirar del viento al pasar entre los bosquecillos de laureles de un jardín.

Prisionero en la peregrina magia de aquella voz, el público entero escuchaba, conteniendo hasta la respiración, las divinas armonías que salían de la garganta de su artista predilecto. La suntuosa sala del Real ofrecía magnífico aspecto, uno de esos fastuosos golpes de vista que son retrato y compendio de una época. El que viera una vez el *Coliseum* romano en tiempo de los Césares, un auto de fe en Valladolid ó Toledo por los días del segundo de los Felipes, el *skating* del estanque grande de Versalles cuando era surcado por el trineo de María Antonieta ó el Teatro Real en los días del reinado de D. Alfonso XII, si tuviera algo de observador, habría visto la vida de una época y de un pueblo entero, sus gustos, sus pasiones, sus intrigas y sus miserias.

Mientras el gran cantante imitaba los trinos y arpegios del ruiseñor, los del palco de *la Infantil* pasaban revista á la sala. Realmente no podía decirse cuál de los dos espectáculos ofrecía mayores atractivos: si el que se desarrollaba en el escenario ó si la feria de bellezas y elegancias realizadas por fantásticas galas. Triunfaban el polisón, y con sus mangas cortas, sus talles inverosímiles y los pomposos bulloñes de sus faldas, tenían las mujeres el aspecto de extrañas flores invertidas. Así, salvo alguna excepción de fealdad realmente agresiva, la mayoría estaba *muy bien* con su peinado, que, partido por una raya sobre la frente, formaba alto promontorio y caía luego en bucles sobre la nuca, sus redondos escotes que dejaban los hombros al descubierto, sus cinturas quebradizas en las corazas de raso ó gro de esos tonos muy falsos — azul turquí, rosa-malva, crema, verde nilo — en boga entonces y sus faldas en que la fantasía de Worth ó de Madame Dcé se desbordaba en pufs atrevidos milagrosamente alzados por guirnaladas de flores y broches de pasamanería para á su vez sostener otros *petites motifs* de gasa, terciopelo y tul. Y todas, rubias ó morenas, en ese matiz de cutis un poco amarillento que dominaba en aquellos tiempos en que las pinturas no estaban de moda, con sus labios pálidos, vagamente violáceos, tenían de común, en la forzada inmovilidad de la audición, cierto aire de familia con las muñecas de los peluqueros de la rue de la Paix.

Pero aquella noche no. Una noticia volaba de palco en palco, subía de las butacas al paraíso y volvía de allí á bajar á las butacas y parecía apasionar á todo el mundo removiendo fangos de viejos ludibrios, historias novelescas, chismes escabrosos, haciendo, en fin, revivir de las cenizas que parecían cubrirlo para siempre, el formidable escándalo del hundimiento de una de las más nobles, altas y poderosas casas ducales de la nobleza española.

¡La duquesa Federica de Sigüenza había muerto!

Y desde las señoritas de Presilla, á quienes el destino del papá en Hacienda permitía el lujo de un abono á delantera de anfiteatro, hasta la duquesa Angela de Medinaceli, que toda de blanco y enjoyada de portentosas esmeraldas triunfaba en la apoteosis de su belleza admirable, todo el teatro parecía asombrado, curioso é inquieto. Hasta el mismo Rey habíase inclinado hacia la Reina que, muy bella, en su noble y frágil belleza de Archiduquesa austriaca, realzada por el traje rosa muy pálido bordado de cristal y las soberbias perlas que rodeaban su garganta, parecía extrañada, inquieta por las intrigas de una Corte que aún le era desconocida.

¡La duquesa Federica de Sigüenza! Nunca viose en salón madrileño figura más noble y elegante. No era una belleza en el vulgar sentido de la palabra; pero era tan airosa, tenía un aire tal de gran dama, emanaba en todos sus gestos y en todas sus palabras tan noble señorío que, cuando ella entraba



después, arruinada, mal vista en la sociedad de Madrid, aislada con un cordón sanitario en nombre de la moral, en vez de resignarse, había luchado bravamente y habían sido entonces los escándalos del collar de rubíes y el incendio del *chateau* enclavado en las campiñas de Escocia.

En el palco de *la Infantil* comentábase, con más calor que otra alguna, la sensacional noticia. Algunos de aquellos caballeros habían tenido vagos devaneos con ella y... Sólo Pancho Balvás, espatacado sobre el diván del antepalco, fumaba cigarro tras cigarro sin mezclarse en la conversación de los otros. Estos, al principio, creyendo en una borrachera, harto frecuente por otra parte, habíánle dejado en paz; pero como al fin y al cabo era el verdadero conde, pues que era el único que oficial y probadamente tuviera amores con ella, decidieron á tirarle de la lengua y delegaron para ello á Escipión Fuentes y Teobaldo Acuña.

—¿Qué te pasa? ¡Vaya unos aires que tomas!

¿Te han sentado mal los buñuelos de anoche ó estás con la filoxera?

El interpelado hizo ademán de enviarlos noramala y bruscamente díoles la respuesta:

—¡Qué recuerno me va á pasar! ¡Que me ha escrito Federica Sigüenza!

Los otros, confirmando en su hipótesis en que el vino jugaba papel principal, echáronse á reír. Pero Pancho indignóse con ellos.

—¡Si os ireis á creer que estoy borracho, majaderos! Desde anoche no he tomado ni una copa de vino. Ya sé que Federica se ha muerto, y justamente eso es lo que la cosa tiene de raro.

Teobaldo y Escipión comenzaron á interesarse; los demás del palco acudieron también.

—¿Pero si se ha muerto, cómo ha de haberte escrito?

Balvás revolvióse airado:

—Claro que después de muerta no me ha escrito; pero figuraos que al ponerme el frac esta noche me he encontrado un papel que se conoce que estaba allí desde hace tiempo, pero que no me había tropezado nunca y que por más que hago no puedo acordarme cuándo me lo escribió.

Y sacando del bolsillo una esquelita se la ofrecía á sus amigos.

Era un papelillo rugoso y amarillento con ese color que toman las cartas olvidadas durante mucho tiempo en el fondo de un bolsillo. La tinta era parduzca y clareaba en algunos sitios; la letra vaga y sin firmeza, como los escritos de las sonámbulas. Decía: «Ves esta noche sin falta á casa de Gonzalo. Federica.»

Hubo un momento de silencio durante el cual, pese á la fanfarronería de aquellos caballeros, cierta inquietud flotó sobre ellos.

Al fin Escipión, queriendo con su habitual friolidad echar á broma la rara aventura, preguntó á la víctima:

—¿No faltarás, eh?

Muy serio, con una seriedad ajena á él, afirmó Pancho:

—No, no faltaré.

ooo

La tertulia de Gonzalo y Clorinda Portafuerte, condes de Portafuerte y de Cabanillas, era una cosa muy *chic*.

No daba la impresión de elegancia estable, igual, para todos los tiempos de una casa de Medinaceli, Fernán Núñez ó Alcañices; pero sí que no era algo atrabiliario, tocado de ese *snobismo* efímero que tiene que transformarse

se perpetuamente para no anticuarse y que casi siempre dura lo que el sueño de una noche de verano.

Aquella casa, sin embargo, era un refugio delicioso donde se comía á maravilla, se encontraban siempre mujeres guapas y hombres inteligentes, se hablaba de todo con una *sans façon* de muy buen tono, y, á la salida de los teatros y de otras tertulias de más peso, se encontraban siempre novedades interesantes á más de un suculento chocolate, así, chocolate á la española con riquísimos buñuelos, migas y picatostes, porque el dueño, muy español, no sólo por carácter, sino por *pose*, gustaba ser castigado en todo y guiaba jacas enjaezadas á la jerezana, era apasionado de los toros y servía en su mesa cocido madrileño.

Al entrar en la antesala, tapizada de tela roja (por lo demás como todo el resto de la casa) y adornada con muebles de cuero de Córdoba, bargueños y trofeos taurinos, sorprendióse del silencio y tranquilidad que reinaban en aquellos lugares de común llenos de risas y voces alocadas.

Sólo en un rincón, Violeta Garci González, muy mona, muy frágil, muy menuda, toda envuelta en tules de color rosa y guirnaladas de *muguet*, hablaba con Melchor Rinconada que,

atrozmente fanfarrón en su uniforme de húsar, se atusaba la negra barba.

Pancho les interrogó:

—¿Pero qué pasa? ¿Estáis velando á un muerto?

Fué Violeta la que, turbulenta y burlona, dió la respuesta:

—¡Peor! Figúrate tú que en el salón están evocando á los difuntos ó al demonio, ó qué sé yo qué trapisonda.

Muy sorprendido, muy interesado y, ¿por qué no confesarlo?, un poco sobrecogido por la peregrina coincidencia, Pancho Balvás apresuróse á entrar.

El cuarto, forrado también de encarnado y adornado con cuadros de cacerías, panoplias de armas y un retrato admirable de Madrazo re-

en que incurría, algo de ultratumba. Los demás eran Gonzalo y Florinda, los Roldán Roldin, matrimonio de amables parásitos insubstituíbles para los *but de table*; Genoveva Osian, virtuosa, chismosa, curiosa y pegajosa, y Angelito Rozas, jugador, mujeriego y muy español también de tipo y espíritu.

No sé si, porque sin confesarlo, comenzaban á inquietarse con las prácticas de espiritismo ó si sencillamente porque se aburrían, acogieron al recién venido con los brazos abiertos.

—¡A ver, tú, Pancho, ¿con quién vas á hablar?

—¿Qué quieres preguntar al misterio?

—Aquí han estado ya Sócrates y Platón y Carlos segundo y Calomarde...

—...Y la Montespán y Carlota de Nápoles...

La atención de los otros estaba fija en él y comprendía que era preciso tomar su partido y contestar algo. Al fin, con súbita decisión, afirmó:

—Sí; quiero hablar con un espíritu.

Los ojos de cuantos allí estaban alzaronse á él, esperando alguna chuscada ó graciosa desvergüenza, y hasta comenzó á dibujarse una sonrisa en todos los labios.

La medium volvió á interrogarle:

—¿Con quién quiere usted hablar?

—¡Con Federica Sigüenza!

La cosa era tan enorme, tan violenta, tan despiadada y cruel, que las sonrisas iniciadas se apagaron en un súbito malestar y todos bajaron los ojos al tablero mientras Sofía Nejeski comenzaba sus manipulaciones.



presentando la dueña de la casa, hallábase sumido en una semipenumbra propicia. Las mesas de tresillo y *bridge* yacían abandonadas con las cartas en desorden, mientras en el centro del amplio salón, bajo la araña de bronce y cristal, siete personas agrupábanse en torno de un velador.

Ejercía de operadora Sofía Nejeski, princesa de Invernaro, la dama cosmopolita prisionera en Madrid por el cargo que su marido ejercía en la embajada de Rusia. Era una mujer alta, delgada, finísima, de tez muy pálida, cabellos de lino y ojos grises tan claros que algunas veces parecían borrarse y otras ardían con la vaguedad de un infernillo de alcohol. Vestida siempre de negro con blancas gardenias por todo adorno, tenía, á pesar de la pompa del polisón, de las colas inacabables y de las excéntricas exageraciones

Cuando pasó la avalancha, Sofía Nejeski, interrogóle á su vez:

—Seríamente: ¿quiere usted evocar á alguien?

Todos prestaron curiosa atención á su respuesta.

Balvás sentía que esperaban de él algo sensacional, una barbaridad muy gorda como aquellas que le hicieron famoso en los castillos ingleses donde á lo mejor se paseaba en calzoncillos con gabán de pieles sumiendo en profundo horror á las púdicas *ladies*, algo que sirviese de conversación un mes é hiciera exclamar á las gentes: «¡qué bruto!», y por otra parte sentía una curiosidad malsana, un vago é irrazonado deseo de interrogar al misterio, estableciendo confusamente secreto nexo entre la carta hallada por azar en un bolsillo del frac y aquella evocación de macabros personajes.

Al fin, con voz impersonal, afirmó:

—Ya está aquí ¿Qué quiere que le pregunte?

Con menos firmeza en la palabra de la que él hubiera querido, murmuró Pancho:

—¡Que cuándo nos veremos!

La voz de la Nejeski se hizo lejana, como si en vez de salir de la garganta bajase de lo alto.

—¡Que muy pronto!—afirmó.

ooo

A la mañana siguiente, cuando Bautista, el ayuda de cámara, entró á despertar á Pancho Balvás, le encontró muerto, tendido sobre el lecho.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJOS DE ZAMORA

Una conferencia del Ministro de Cuba



D. MARIO GARCÍA KOHLY

El público que, hace algunas tardes, se congregó en el salón de actos del Ateneo de Madrid para aprender de labios del señor García Kohly el desenvolvimiento de la instrucción primaria en la República de Cuba, quedó sorprendido, á pesar de haberse susurrado antes de comenzar el acto que se iba á oír á un gran orador. La eterna fascinación de la palabra, ese relámpago comunicativo que va de alma á alma, que borra casi las fronteras individuales y funde en un espíritu de acción á las multitudes, se produjo apenas las primeras frases llenaron la sala. Tiene nuestro Ministro en España ese don, dádiva legendaria de los dioses; la palabra no es en sus labios vehículo escueto donde viaja la idea desde su cerebro á los demás; su palabra agranda el pensamiento, lo decora, hasta lo suple á veces. Oyéndolo se justifica el que allá le llamemos el sinsonte cubano; oyéndolo acuden al espíritu las figuras clásicas de la oratoria, y los viejos que á nuestro lado escuchan, confiesan que en esta tribuna, en donde voces tan elocuentes han hablado, ninguna poseyó mayor elocuencia que la que ahora habla. La música, la geometría, vienen á ser nobles auxiliares de la razón, igual que el arte lo

ha sido siempre de las religiones. Lo absoluto ha de apoyarse á veces en lo fugaz, en lo que pase, en lo que acaso no sea más que una bella apariencia. Por la tersura de la elocución, por la euritmia de las cláusulas, por el fuego de que unas palabras están henchidas, por la serenidad en que se equilibran otras, por el tono ya vehemente, ya sosegado, por el léxico caudaloso, por el verbo, en fin, más que por los datos estadísticos de enorme y escueta elocuencia, será esta conferencia eficaz. La gloria del orador manifiéstase esplendorosa, y ningún otro triunfo intelectual puede competir con ella en momentáneo efecto. Oyendo á Mario García Kohly, cuantos prejuicios alejan al escritor del orador se anulan, y la virtud de la palabra hace de cada crítico presunto una unidad en la multitud, un pecho que sigue jadeante el desenvolvimiento de los períodos, dos manos que aplauden después con entusiasmo.

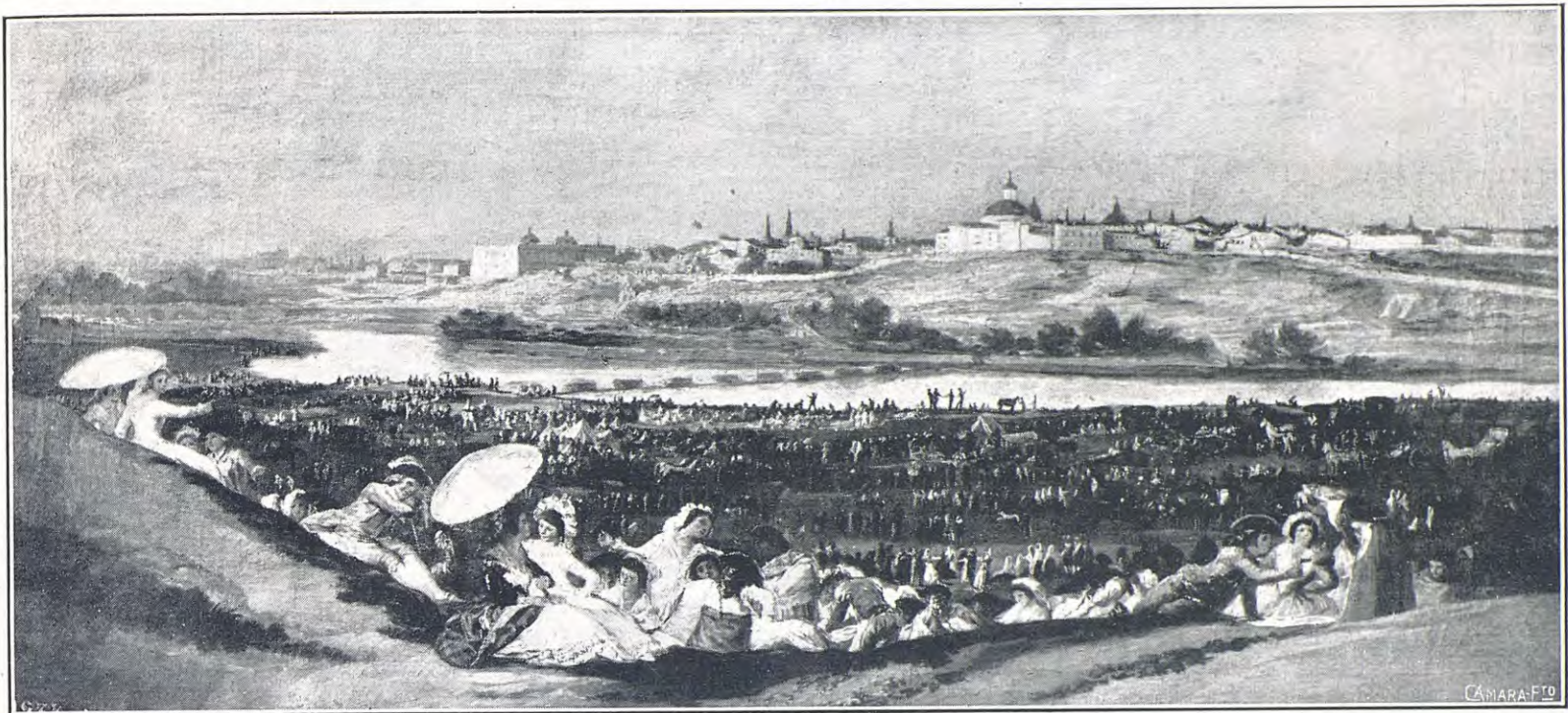
Vivísimo ha sido para los cubanos que estamos en España el goce sentido en esa conferencia. Cuanto ha dicho y probado con datos acerca de nuestro constante progreso educacional, nos tiene que atraer el general aprecio y el aprecio afectuoso de la vieja metrópoli. El hecho de

que al buscar un patriota á quien entregarle la primera magistratura de la República al nacer, eligiéramos á un maestro, no fué hecho casual, sino testimonio de conciencia de que en el maestro, célula primordial de la cultura patria, están los gérmenes de todas las cosechas futuras. Mario García Kohly dió luz á estas verdades con su elocuencia de milagro y hasta los números, al pasar por su boca, adquirieron un prestigio lírico y fueron como otro canto á la enseñanza... Maestro de oratoria es también él y su paso por nuestro Ministerio de Instrucción Pública ha dejado estela. Su triunfo, en el cual tanto corresponde al diplomático como al artista, fué clamoroso.

Escuchándolo, alguno dijo muy bajo junto á mí: «Este hombre sería capaz de convencernos de lo que quisiera». Y traída por tal confesión flotó un instante en mi memoria, la frase del filósofo del Leviathan: «Toda democracia es una aristocracia de oradores». Nuestro actual Ministro en Madrid es, en verdad, por su fogosa y esplendente dialéctica uno de los príncipes de nuestra democracia.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

PANORAMAS DE MADRID DESDE LOS ALTOS DE SAN ISIDRO



La pradera de San Isidro á fines del siglo XVIII, cuadro de Goya, que se conserva en el Museo del Prado

Hemos dejado allá arriba un compañero que ya no volveremos á ver. Salimos otra vez al camino y el paso lento de los caballos que van chapoteando en lodo nos permite ver despacio el paisaje por la ventanilla del coche. Este paisaje es el mismo que contemplamos antes: pero todos sabeis en qué distinta situación de espíritu se halla el débil mortal al subir y al bajar los altos de San Isidro. Además, ha salido el sol. A la ida, caía sobre todo el cortejo una de esas lluvias invernales que envuelven la ciudad en un velo de melancolía. La niebla, la densa nube llorona, viene sobre nosotros y se nos mete en el alma. Cuajado de lágrimas el cristal, parecen más desamparadas las orillas del río; más humilde y más oscura la vida de esta gente andrajosa que nos vé pasar. La lluvia llora por todos. Por nosotros, por ellos. Por la tierra, ¡tan gris, tan hosca, tan fría! Pero, ahora, al volver, el sol quiere ofrecernos una fiesta maravillosa y se sirve del panorama madrileño como el artista de unos cuantos telones pintados para sus efectos de escenografía. ¡El sol, que es nuestro mejor amigo y el suscriptor más piadoso de a beneficencia y de la estética municipal!

Gracias á él la villa adquiere magníficas y razonadas proporciones. Realza cada color elevándolo á su mayor dignidad; iguala los materiales nobles con los humildes; el granito y el mármol de Palacio, con el ladrillo de ese terrible seminario, con el adobe de tapias y casucas. Sobre las cosas pasa una llamarada de poesía que no nace de ellas—¡pobrecillas!—sino de la generosidad del sol. Luego, la rectitud de sus rayos, establece una perspectiva rigurosa y un orden claro; presta al amontonamiento arbitrario y espontáneo de casas que llamamos Madrid una lógica insospechada.

Así supo ver hace ya más de un siglo, con los ojos del sol, la fina silueta de Madrid, su más irónico adulator: Don Francisco de Goya. Así nos hemos acostumbrado á poetizar sobre Madrid, *orillas del Manzanares*, en el cuadrito famoso del museo del Prado. Luz clara, gloriosa luz le envuelve. Es un nimbo, una aureola opulenta y fastuosa, gracias á cuyo halago la villa y corte se olvida de sus lacras, ó por lo menos las oculta. El sol, el ambiente, el cielo, embellecen y hacen amables no ya el Palacio Real sino los barrios bajos. Plebe y aristocracia se divier-

ten y el río, exhausto, pasa como una vida melancólica. Sobre la realidad urdió el poeta un velo diáfano de nácar y rosa; pero antes lo había tendido, como un cómplice ó como una hermana bienhechora, la luz.

Ahora pasamos, un siglo después, por esa pradera sin verdor y contemplamos la misma silueta, como la contemplan cuantos llegan á la atalaya simbólica que nos ofrecen las sacramentales. Apenas ha variado desde que la pintó Goya. No falta la protección, la espléndida caridad del sol. El mismo río con sus tenderetes; la misma cúpula de San Francisco, con sus líneas precisas, decisivas, sin las cuales, Madrid no tendría silueta. ¿Quién advertirá que han pasado una tras otra todas las horas de cien años? Dentro ha ocurrido el triunfo de la clase media y nada más.

Queríamos ver señalada con huellas mucho más visibles la obra de un siglo, y como no nos basta el placer de los ojos, produce en nuestro espíritu cierto malestar la idea de que Don Francisco de Goya es un contemporáneo.

Luis BELLO



La pradera de San Isidro en la época actual

FOT. SALAZAR



LOS TEMAS ETERNOS

EL PODER

¡Poder! ¡Poder! ¡Oh Vinode divina
Borrachera! El más alto de los bienes.
Beleño del olvido, con que ungida
la frente, nacen alas en las sienes.
¡Mando! ¡Poder! ¡Oh monstruo! que hasta el cielo
Alzas, para robar una gavilla
De estrellas, tus dos brazos alfaneros.
Y sin embargo, son tus pies de arcilla.
¡Loca soberanía! Por logarte,
Por gozarte un instante nada mas,
los hombres venden a su propia madre
ó dan en prenda el alma a Satanás.
Sete hinojan, los buenos y los malos,
Cabe el estribo de tu pala fren.

¡Poder: causar al enemigo un dano.....!
¡Poder: brindar al allegado un bien.....!

EL AMOR

¡Amor! ¡Amor! Antorcha inmarcesible,
Que un viento huracanado desmeleno.
Sin tu insensata luz, fuera invisible
Cuanto acontece en la mundana escena.

¡Amor, como la vida viejo!
¡Mozo como la vida, Amor!
Esta noche es de gran festejo
En el castillo de Elsingor.
El rey y la reina, en su silla,
miran a los faranduleros.
Estan en pie la camarilla

De cortesanos lisonjeros.

Y está Ofelia, la candorosa,
Ofelia la amante y la pura.
Y Hamlet, de faz tenebrosa,
Donde se asoma la locura.
Hamlet empuña de repente
La antorcha que alumbra la escena,
Y la agita furiosamente,
Como una honda con una piedra.

¡Amor! Alumbra, manso ó furibundo,
Antorcha roja y unico foco,
La tragicomedia del mundo.
Pero..... ¡estas en las manos de un loco!

Ramon Perez de Ayala

A. Vivanco fecit

LA ESFERA

PAISAJES AFRICANOS



MEZQUITA ÁRABE

Fot. Alvargonzález



LA TROVA FAVORITA

Composición fotográfica del notable aficionado D. Antonio Prast

LA ESFERA

MIENTRAS ES PRIMAVERA...



¡Soñadora, soñadora,
que sueñas en tu ventana
en la noche sevillana -
toda fragante y cantora!

Mujer de belleza mora
sueña en tu reja florida,
¡que á veces, más que una vida
vale el sueño de una hora!

Entra un limonero en flor
á tu blanco camarín
mientras canta en el jardín
el poeta ruiñeñor.

Oye al dulce trovador
su ardiente trova galana;
¡tal vez no cante mañana
en tu jardín interior!

Soñar es mirar las cosas
tras de milagrosos tules,
es tener alas azules
y armoniosas.

Gusta las mieles sabrosas
del dulce Mayo nupcial,
¡que muy pronto, en tu rosal,
no habrá rosas!

Sueña, acacia tempranera,
tus áureos sueños divinos,
hila los cándidos lino
del telar de la Quimera.

Goza de la hora primera
que cree, encendida en amor,
que es eterno el ruiñeñor
y eterna la primavera.

FOT. CASAS ABARCA

E. CARRÉRE

PASIEGA DE VALVANUZ

(MONTAÑESA)



¿Por qué al baile de la aldea no concurre ya Tinuca, la muchacha más garrida, más gentil de la tierra, la que es germen de querellas si desciende a Valvanuz, pues los mozos que la bailan al compás de las panderas, quedan presos en las redes de sus veinte primaveras, como incautas mariposas en los rayos de una luz?

¿Ya te olvidas de tus juegos en las tardes estivales, cuando tú, con otras mozas, como inquietos recentales, de los montes descendíais al santuario del lugar? ¡Esas perlas que resbalan de tus ojos de cobalto y tus labios temblorosos por secreto sobresalto traicioneros me delatan que me ocultas un pesar!

Yo te he visto *pasieguca*, junto al caño de la fuente escondida en lo frondoso de la selva floreciente pensativa consultando la corola de una flor, y no sé por qué no halagas al ternero preferido, y en tus ojos hay nostalgias y tu canto es un quejido que repite en los pinares el cuclillo burlador.

Ya no bailas en las ferias, ni descendes al mercado, y estás triste y abandonas por los valles el ganado, para siempre huyó la risa de tus labios de coral; tu mirada interrogante tras las cimas de los montes



adivina otros paisajes de lejanos horizontes, donde vive tu adorado, de los valles el zagal, el pasiego más forzado, más galán de la Montaña que, apoyado en el palanco, subió tanto a tu cabaña a iniciarte en los secretos misteriosos del querer, y hoy en tierras más remotas, ya quebradas las cadenas del amor, de tí se olvida, sin piedad para tus penas, en los brazos amorosos que le extiende otra mujer.

Antes eras, *pasieguca*, tan arisca y tan *profiona* con los mozos de la aldea, que al mirarte en la *campona* del Santuario de la Virgen, te invitaban a bailar; hoy tu orgullo está abatido, son profundos tus pesares, y es en vano que me niegues lo que dicen los cantares... los cantares discurridos por los mozos del lugar.

A los bailes de la aldea no desciende ya Tinuca; la muchacha más garrida, más gentil de la *Tierruca* esperando está en el monte, como estatua del deber, el retorno del pasiego más galán de la Montaña que apoyado en el palanco ya no sube a su cabaña a iniciarla en los secretos misteriosos del querer.

DIBUJO DE MEDINA VERA

FEDERICO TRUJILLO

ARTE ESPAÑOL UNA EXPOSICIÓN DE CERÁMICA

RECORDAIS UNO de los más bellos cuadros de Ignacio Zuloaga, titulado *Mi tío Daniel y su familia*? Ofreciese allí, recortándose neta sobre el castellano fondo de pueblo, monte, llano y nubes bien característicos, la silueta viril del viejo artista. A ambos lados suyos los hijos, estas tres muchachas de los ojos abismalmente negros, de los labios sangrientos, de la agresiva gentileza—que ya inmortalizara el gran pintor en otro lienzo titulado *Mis primas*—y el mozo que ha heredado del padre los secretos técnicos y la divina embriaguez de la belleza. En segundo término está la madre, pálida y sonriente en sus lutos.

Es un lienzo que no se olvida fácilmente, por como está todo el caldeado de simpatía y de innegable españolismo. Brava mafeza y ésta luz de los interiores fuegos asomada

a las moras pupilas, tienen las femeninas figuras tocadas de mantillas españolas, envueltas en los chinoscos mantones ó luciendo la airosa falda de gitanesca traza. As-

pecto de monje ó de guerrero el del artista Daniel á quien puso su sobrino ante un caballete y con una paleta en la mano y no frente á un cristo medioeval ó empuñando el recio mandoble, húmedo por el rojo moaré de sangre enemiga.

No fuera, como es, la representada en el cuadro, una familia de artistas y tendría siempre la arrogancia de su españolismo. Juzgad si no es doble el interés que inspiran cuando sabemos que este viejo de las luengas barbas, estas mocitas de los ojos-lumbre, los garbosos ademanes y las actitudes pictóricas, que llevan en sí mismas el secreto de los primeros triunfos de Ignacio Zuloaga, y que este mozo—Juan—trabajan por conservar y ennoblecer más aún el puro, fuerte y bello arte de la cerámica, inspirándose en la tradición, pero renovándola con perso-



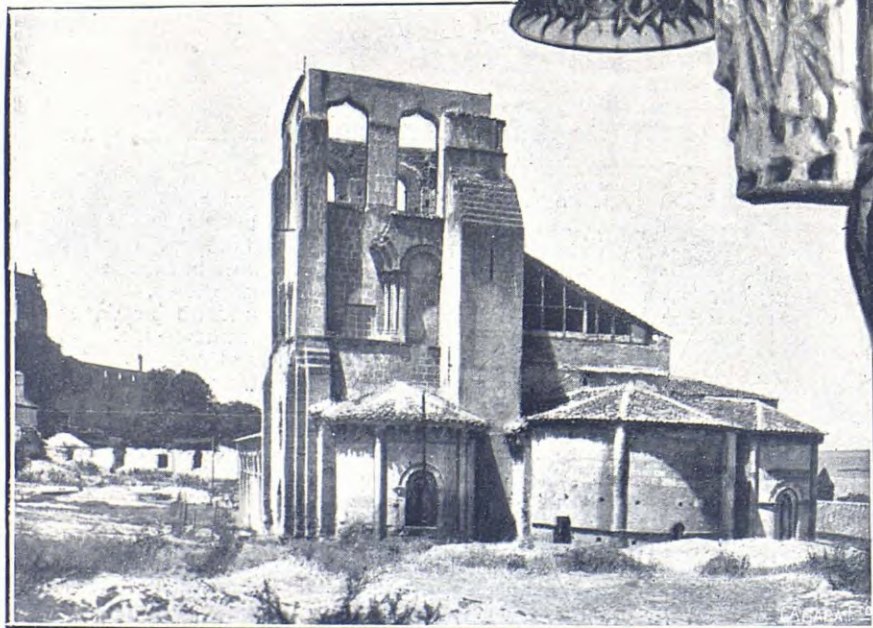
D. DANIEL ZULOAGA

nalsimas inspiraciones. Monje y guerrero hemos llamado antes á Daniel Zuloaga. También de hidalgo tiene la apostura y también si le imaginamos vestido de pardos hábitos, ó dentro de férrea armadura capaz de servir de modelo al Greco y á Velázquez como tipo bien representativo de la raza, podríamos verle con la fastuosa pompa, las coléricas indignaciones y entregado á los misteriosos fuegos de los grandes orfebres del Renacimiento italiano.

Así, el taller de este Don Daniel de las barbas blancas que le tiemblan al hablar no por senil temblor—que no conoce ni conocerá en mucho tiempo—sino por como pone todo el ímpetu de su espíritu en las palabras, forma rítmica consonancia á las estrofas del poema de su vida.

Para instalar sus hornos, para cambiar la tierra en maravillas de colores brillantes, de reflejos que recuerdan los cobres del cielo en los vespersos estivales, Daniel Zuloaga ha elegido una antigua iglesia románica.

Es en Segovia y tiene



Ruinas de la iglesia de San Juan de los Caballeros, de Segovia, donde tiene instalado su taller de cerámica el Sr. Zuloaga



Autorretrato de Zuloaga, en azulejos esmaltados

también esta antigua iglesia—roida por el tiempo y enyesados sus pétreos primores arquitectónicos por la cretinidad de quien mandaba allí antes de adquirirla Zuloaga—un nombre de evocación y de leyenda: San Juan de los Caballeros.

¿Acaso todo esto no da un extraño carácter de singularidad, de aristocracia espiritual, de comprensible orgullo á la vida y á la obra del gran artista?

Harto derecho tiene á ser como es, altivo é intransigente, oponiendo á la lejana estulticia de los filisteos y á la malevolencia ajena de los profesionales esa vida que surge pura de la pureza misma de su obra...

ooo

Daniel Zuloaga ha hecho recientemente una exposición en su casa de la Plaza de Oriente. Tres salas llenaban los objetos y las acuarelas que muestran la granada y ópima madurez del arte del gran ceramista.

Daniel Zuloaga ha llegado al pleno dominio de los secretos de la cerámica, consiguiendo resultados que sólo el tiempo parecía lograr antes en la lenta y natural oxidación de los siglos.

La tradición mudéjar, con toda su enérgica y varonil belleza, da á las tierras rojas esmaltadas, con metálicos reflejos é irisaciones que fabrica Daniel Zuloaga, un carácter inconfundible.

Acostumbrados á las falsificaciones indocumentadas, á las repeticiones inconscientes, á las pobreza de factura que constituyen la única norma de fabricación de otros ceramistas, nos sorprende el brío, la espontaneidad fresca y jugosa, la pródiga inspiración que en motivos y procedimientos demuestra Daniel Zuloaga.

No debe olvidarse que cuando el maestro marchó á Sévres con sus dos hermanos, ya era



Un rincón de la Exposición Zuloaga



Objetos de gran mérito artístico



Santa Catalina, en azulejos esmaltados, obra de Zuloaga

notable pintor y tenía buen número de obras que como tal le acreditaban.

Sirvió su aprendizaje en las célebres fábricas francesas, completado después con frecuentes visitas á otras extranjeras para adiestrarle y profundizar en estilos y procedimientos; pero no pudo bastardear sus inclinaciones ni torcer el bien hincado amor á las enseñanzas del pasado de nuestra raza.

Da por esto su arte afirmativa sensación de un gran temperamento.

Frente á lánguidos refinamientos, contra seniles imitaciones de modernas industrias extranjeras, opone Zuloaga sus gamas armoniosas, las anacaradas irisaciones obtenidas con personales descubrimientos químicos, sus azulejos pintados y esmaltados, sus decoraciones murales, sus esculturas esmaltadas, sus acuarelas demostrativas de la riqueza creatriz.

Modelo de todos estos aspectos del gran ceramista son el *panneau* de 18 metros en la Escuela de Minas de Madrid, las fachadas del Gran Casino y del Club Cantábrico, los reflejos metálicos de la Plaza de Toros en San Sebastián, el admirabilísimo alto relieve del delantero del altar del Cristo en la Catedral de Segovia, los frisos, chimeneas, fuentes y cúpulas de varias casas particulares, los paisajes, tipos y cuadros de costumbres castellanos pintados y esmaltados sobre azulejos.

Y siempre ajustado á la expresión más castiza, á la más castellana altivez, como si dentro de los hornos que dan resplandores de encantamiento á la ruinoso iglesia románica en la paz señera de Castilla, se cociera, con la tierra, la energía de nuestra raza para resurgir más fulgurante, más bella que nunca...

S. L.

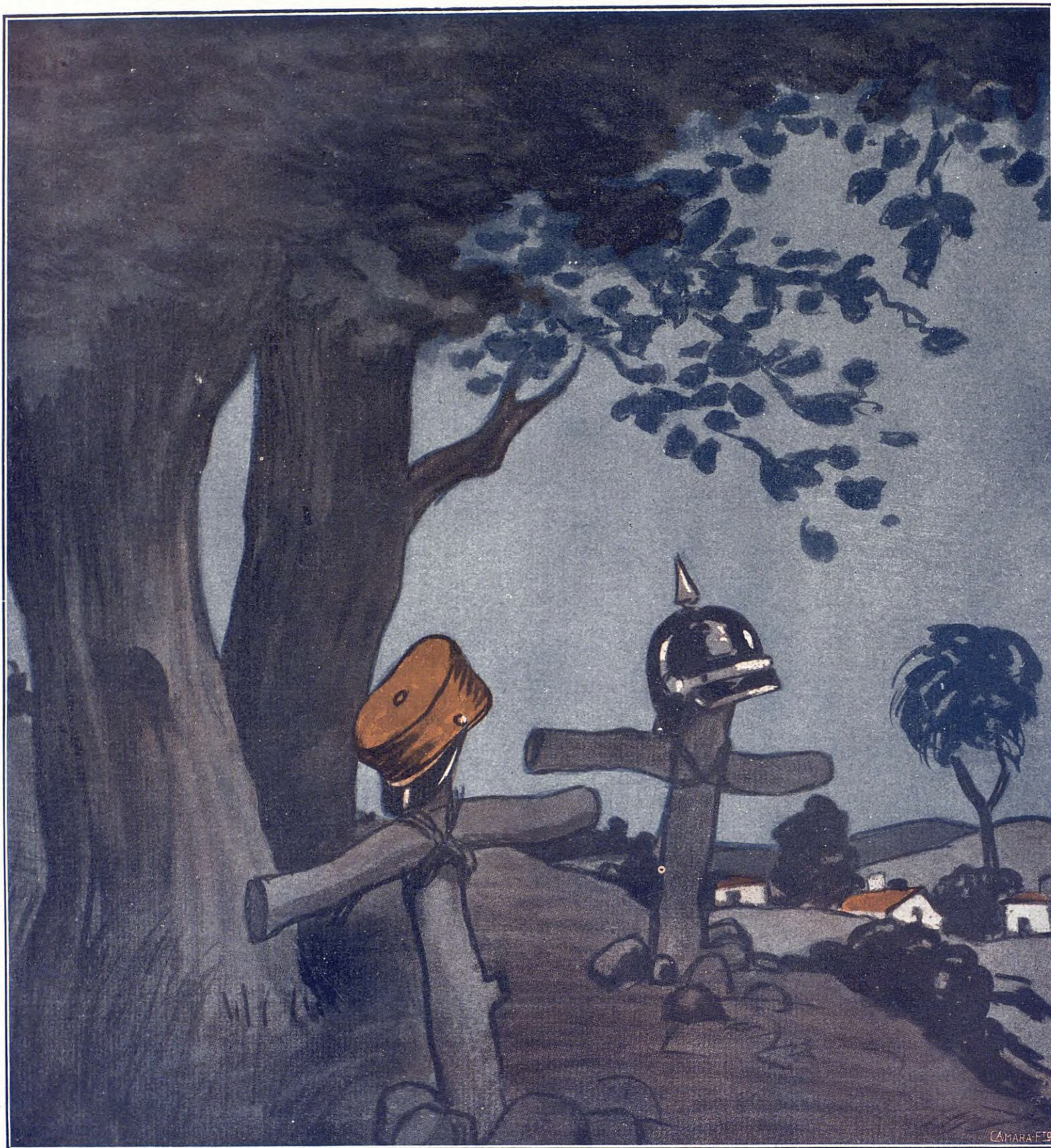


Estudio del Sr. Zuloaga en su taller de Segovia

FOTS. SALAZAR



Detalle de la Exposición Zuloaga



REGAZO INMORTAL

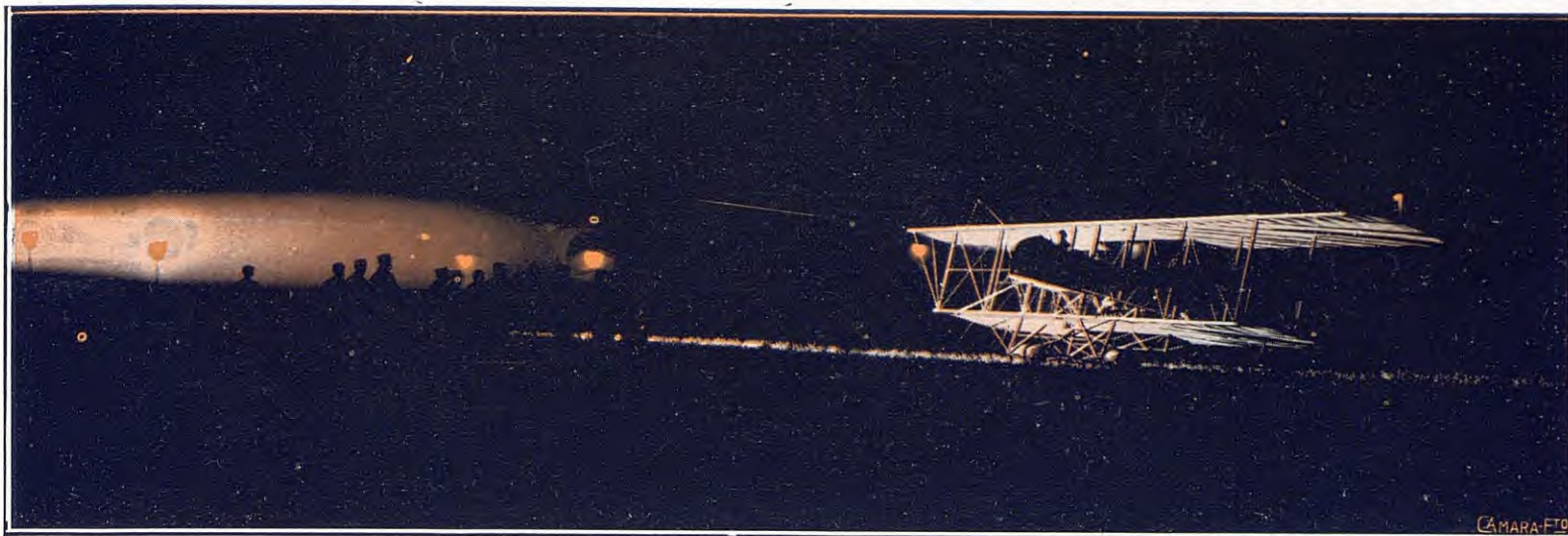
Tierra... Pródiga madre
de fecundas entrañas,
que ofresces al dolor de los humanos
la paz augusta de tus cumbres bravas,
el rumoroso palio de tus bosques
y el cristalino espejo de tus aguas...
Tierra... ¿No tiembles de dolor y frío
cuando te envuelven las furiosas ráfagas
del odio de los hombres,
en nubes de metralla
que ahogan balbuceos en las cunas,
incendian pueblos y destruyen aras?
Tierra... ¿No tiembles bajo el fiero azote
que tu corteza hiere y resquebraja?
No tiembles, no... No tiembles,
porque el espanto te prendió en sus garras
y suspendió el latido de tus valles
y enmudeció la voz de tus montañas,
extrangulando con la misma fuerza
tu inmenso corazón y tu palabra.
No tiembles... Pero ofresces
amoroso regazo en que descansan

los que doblaron la abatida frente
en el recio fragor de las batallas,
bajo el vivo color de las banderas,
que al aire desplegadas
eran, hechas jirones,
como penachos de encendidas llamas.
¡Los que al cerrar los ojos
ahogaron, con la voz, en la garganta
una horrible blasfemia
ó una muda plegaria
y no supieron nunca, en su locura,
por qué los hombres mueren y se matan!
Tú eres madre de todos
y a todos les ofresces y regalas
el misterioso asilo de tus sombras
y la dulce caricia de tus aguas,
que no tienen envidias, ni rencores,
ni saben de ambiciones, ni de razas,
ni conocen imperios, ni banderas,
ni escudos, ni blasones, ni prosapias.
Juntos cayeron sobre tu regazo,
como quimas de un árbol desgajadas,

los que sintieron ignorado impulso
y abrasó el odio en sus hogueras trágicas,
enlazadas las manos,
confundidas las armas
y hecho un solo color los dos colores
de su sangre escarlata.
En tu seno fecundo
se fundieron sus odios y sus ansias
en la ley del amor... Y cuando el cielo
deslumbre con sus bellas luminarias,
tú, madre tierra, te abrirás gozosa,
y del tibio calor de tus entrañas
brotarán los rosales de la Vida
con nuevas rosas de inmortal fragancia.
Tu regazo es eterno
y en él los hombres hallan
para sus nobles frentes abatidas,
la solemne quietud de tus montañas.

JOSÉ MONTERO

DIBUJO DE LEAL DA CÁMARA



Un biplano del ejército francés, preparándose para hacer una exploración nocturna

TRAGEDIAS DE LA GUERRA ❖ LA LUCHA AÉREA NOCTURNA

CUANDO comenzó en 1914 la gigantesca pelea mundial que sigue conmoviendo al orbe, sólo los dirigibles podían practicar reconocimientos nocturnos, adquiriendo, así, por su mayor radio de acción, ventajas capitales sobre el aeroplano.

En la densa obscuridad de la noche el observador aéreo puede escudriñar sin ser visto, mientras que con la clara luz del día el navío aéreo es un maravilloso instrumento de observación, pero de todos los observatorios utilizables es el más expuesto al fuego enemigo. En esta diferencia, tan importante, reside el interés del reconocimiento y de la ofensiva nocturna.

Para las expediciones aéreas nocturnas el alumbrado es necesario, pero tiene que ser aplicado con mucho discernimiento. Así lo confirman los pilotos de dirigibles que han practicado viajes en las tinieblas, los aviadores que han hecho vuelos nocturnos y los marinos entrenados en su profesión y por ella ajezados a las cuestiones de equilibrio dinámico, al conocimiento de los vientos reinantes y a la observación en la densa oscuridad de las sombras nocturniegas.

Varias naciones habían realizado antes de esta guerra experiencias militares de aeronavegación nocturna, manteniendo secretos los resultados obtenidos.

Rusia ensayó el empleo de proyectores a bordo de los dirigibles. Inglaterra trató de auxiliar el vuelo de sus navíos aéreos con proyectores situados en el suelo y Alemania utilizó desde 1910 para estas experiencias proyectores giratorios, de llama desnuda cubierta con lentes cilíndricos. Alimentaba la lámpara colocada en Spandau, acetileno disuelto, luego se cambió por un proyector del mismo tipo, pero más potente, alimentado por electricidad y colocado en Gotha y por último se hicieron ensayos comparativos muy importantes durante la semana de aviación del otoño de 1915 en el aeródromo de Johannisthal.

El faro marítimo proyecta su luz sobre un plano horizontal colocado debajo de él, mientras que el faro aéreo tiene por misión iluminar todo el espacio que tiene encima.

Sirven estos faros en la

noche oscura para señalar al piloto aéreo el terreno de aterrizaje.

Los aviadores llevan para estas escursiones nocturnas el proyector de a bordo, proyectiles luminosos y paracaídas brillantes; aquel se usa a 500 metros del suelo para verificar si el terreno hacia el cual se dirige es conveniente para el aterrizaje. Si no juzga propicio el terreno vuela más lejos, pero en caso contrario corta los gases y aterriza en vuelo plano. Si el piloto va solo aterriza con el foco apagado, porque no puede maniobrar a la vez el gobierno del aparato y el del faro, más si le acompaña un observador es éste el que hace maniobrar al proyec-

tor en el momento de empezar a planear con el fin de hacer aparecer útilmente los detalles del terreno a medida que el aparato se aproxima a él.

Los proyectiles y los paracaídas luminosos, que han sido muy empleados en esta lucha por los beligerantes, tienen la ventaja de iluminar el suelo dejando al aparato en la sombra. Tipo de los paracaídas de referencia es la mina luminosa Karl Klinkosch compuesta de una materia pirotécnica ligada por hilos metálicos a un paracaídas. Al caer el cuerpo lanzado al vacío, automáticamente y por consecuencia de la tensión de la cuerda, se determina la inflamación de la

substancia pirotécnica, y por efecto del paracaídas el descenso se verifica con reposada lentitud iluminando el campo. El lanzamiento se realiza impulsando el piloto o el observador por medio de un resorte de pedal, el fondo de una caja que sostiene el paracaídas, que faltó entonces de base de sustentación salta al espacio iluminando un radio de dos kilómetros durante cuatro minutos. Así efectúan los aeroplanos los reconocimientos nocturnos.

Los proyectiles luminosos sistema Krupp se componen de varios cuerpos llenos de materias luminosas separados por arandelas aisladoras; explosiones sucesivas y automáticas de pólvora inflaman cada uno de dichos cuerpos a los que van adheridos ligeros paracaídas.

La navegación aérea presenta durante la noche importantes ventajas: la atmósfera es más tranquila, la audición de ruidos lejanos más fácil, así, como la recepción de las ondas hertzianas de la radiotelegrafía, y sobre todo, bajo el punto de vista militar, el aparato es invisible.

En la noche callada vigilan París y Londres aviones que rasgan, de vez en vez, el espacio con sus luces de astros errantes y misteriosos, atalayando la presencia de *taubes* y *zeppelines*, por si tratan de aproximarse a las grandes urbes.

El avión organizado para navegar de noche está llamado a engrandecer la acción bélica de la quinta arma de combate que colabora con asiduidad en vuelos fantásticos, a la consecución de la victoria.



Caída de un aeroplano inglés, derribado por el enemigo, y auxilio a los aviadores
DIBUJO DE MATANIA

CAPITÁN FONTIBRE

LA EMPERATRIZ VIUDA DE RUSIA



MARÍA TEODOROWNA

En todas las épocas fueron las historias y romances de reyes y princesas asunto interesante y atractivo á la imaginación, cuya fantasía se complace hallando ó colocando á sus héroes preferidos en las cumbres de la vida, donde, unidos á la grandeza, resplandecen mejor los afectos del alma por todos comprendidos, estableciendo una comunidad espiritual de sentimientos que halaga el orgullo de los humildes al contemplar humanizada la realeza, secular símbolo de la soberanía y del poder. Y si el protagonista de la historia aparece al comenzar su existencia rodeado de la poética sencillez de una familia de Príncipes en una nación pequeña, y llega con el tiempo, por sus méritos, á ocupar uno de los tronos más antiguos y poderosos del mundo, reuniendo en él, con la dicha personal, el amor y respeto de su pueblo, la historia satisface, confirmando cuantas ilusiones la mente concibiera. Semejante azar de la vida vió realizarse en su familia Cristian IX de Dinamarca.

Nacido Duque de Slesvig-Holstein-Sonderburgo-Glücksburgo, rama menor de la dinastía reinante en su patria, sólo la extinción de la línea masculina en la primogénita llevóle al trono, cuando ya sus hijos contraían brillantes alianzas. Por tal circunstancia, la numerosa descendencia que de su matrimonio con la Princesa Luisa de Hesse-Cassel hubo Cristian IX, educóse alejada de la ostentación cortesana, viviendo en Copenhague y en el castillo de Bernstorff, á orillas del Sund—el codiciado paso al mar Báltico—, la existencia familiar de un hogar dichoso, ajeno á las grandezas que el tiempo le guardaba. Admirable educadora la Princesa Luisa, inculcó á sus hijas, principalmente, una gran sencillez de hábitos y aficiones, enseñándoles con su ejemplo el respeto y observancia de ceremonias y etiquetas, acostumbándolas desde muy pronto al trato y conversación discreta de las recepciones palatinas.

Niñas aún aquellas que habían de ceñir imperiales y regias diademas, sufrieron las dolorosas impresiones de la guerra con Prusia y el desmembramiento de Dinamarca con la pérdida de los Ducados de Slesvig y Holstein, cuna y raíz de su estirpe, impresiones que debieron dejar honda huella en los tiernos espíritus de las Princesas y que más tarde renacieron quizá en sus sentimientos, inspirando afectos y prejuicios, cuya trascendente influencia pudiera hallarse entre

las múltiples causas de la contienda actual; tan sutiles é imborrables son las sensaciones femeninas transmitidas con la vida á los pueblos, y cuyas consecuencias, frecuentes y probadas en la historia, el varonil orgullo con dificultad reconoce.

Tres eran, como en los cuentos de hadas, las Princesas de Dinamarca; las tres rubias, bellas, de alba tez, mirada soñadora y gentil continente; la mayor, Alejandra, y la segunda, Dagmar (Margarita), fueron prometidas muy jóvenes á los herederos de Inglaterra y Rusia; identificadas en su vida y educación ambas hermanas, eran tan semejantes por sus gustos y costumbres como por su apariencia, semejanza que, legada á sus hijos, hace hoy día igualmente parecidos entre sí á Jorge V y el Zar; mas en carácter y sentir diferían notablemente, contando un cronista la siguiente anécdota que lo demuestra.

Solteras aún las Princesas, encontraron un día en paseo á una gitana, entablando conversación con ella, y no sabiendo ésta quiénes eran, preguntó á cada una de las tres cuál sería en la vida su mayor deseo. Yo quisiera ser muy amada—respondió la futura reina inglesa—. Pues yo quisiera hacer todo el bien posible—contestó Dagmar—. Y yo no causar jamás á nadie pena alguna—terminó la pequeña Thyra, más tarde Duquesa de Cumberland—. La Princesa Dagmar, elegida para compartir el solio ruso, sufrió temprano los rigores del destino, viendo morir á su prometido, enamorado y joven, víctima de esa cruel enfermedad que al herir el pecho destruye malogrando las más brillantes esperanzas. En sus últimas horas el desgraciado Príncipe manifestó el deseo de que su hermano le substituyese en el corazón de su prometida al substituirle en la herencia de la corona; se dijo entonces que el nuevo Czarewicht amaba ya á Dagmar, mas el carácter reconcentrado de Alejandro III no permitiera suponerlo si el amor y la dicha conyugal que después unió al matrimonio no hiciera la sospecha harto fundada.

Al casarse la Princesa tuvo que recibir el bautismo ortodoxo, cambiando su nombre por el de María Teodorowna, y una vez realizada su boda, vivió la mayor parte del tiempo en Rusia, donde por su generosa caridad, atendiendo al pueblo en sus desventuras y especialmente en la epidemia cólica de 1869, adquirió gran popularidad y veneración.

Ambos esposos hacían con gran placer sus viajes anuales á la patria danesa; allí, en Fredensborg—el lugar de la paz—, Cristian IX reunía á su regia descendencia, mereciendo el título de Padre de Europa, y los futuros Soberanos moscovitas se complacían en la vida familiar, sencilla y libre de que carecían en su Corte.

Unidos en las ideas como en la vida, tenían igualmente una gran predilección por Francia, llegando á substituir por el francés el idioma alemán, usado siempre en la intimidad por la familia imperial rusa hasta el extremo que, el año 1870, no pudiendo mostrar su simpatías de otro modo, prohibieron hablar alemán en su Palacio de Anichkoff, imponiendo al que olvidara el precepto un tributo en favor de los heridos franceses, y como entrara un día el Zar á ver á sus hijos, y participándoles en su habitual lenguaje una nueva victoria de Guillermo I, dijese: «*Wilhem noch eine schlacht gewonnen!*» —¡Cien rublos—exclamó María Teodorowna—. ¿Cómo cien rublos?—interrogó Alejandro II— Por vuestro olvido—contestó valientemente la Princesa.

Al subir al trono en 1881, bajo la trágica impresión del crimen que dió muerte al Zar, aterrada la nueva Emperatriz, sufrió continuos sobresaltos é inquietudes por la vida de Alejandro III, no separándose de él, acompañándole constantemente y tratando en todas ocasiones de suavizar con su influencia las severas medidas que el régimen imponía á la propaganda nihilista.

Madre apasionada, dedicando á sus hijos cuanto tiempo le dejaban sus deberes de Soberana, vigilaba su educación de cerca, sin permitir que afecto alguno antes que el suyo prevaleciera en los infantiles corazones. Por esto, su dolor inconsolable á la muerte de Alejandro III, vióse aumentado poco después cruelmente con la pérdida de su segundo hijo, el Gran Duque Jorge; dolores del alma que el tiempo y la ternura de sus hijos trocara en dulces recuerdos de dichas pasadas si la angustia de la hora presente no condensara en su pecho la amargura de millones de madres.

Acudiendo inmediatamente á Rusia demostró la Zarina madre su energía y su abnegación, siendo su detención en Alemania uno de los primeros y más conmovedores episodios de la horrible tragedia que sufre Europa.

MARICRUZ

EL EJEMPLO DEL SANTO



Aspecto de la pradera de San Isidro durante la clásica romería

FOT. SALAZAR

A sí como el venerable patriarca Sr. Noé, tan competente autoridad en los asuntos de agua como en los de vino, fué el primero que pudo hablar con fundamento de la política hidráulica, es indudable la concesión del título de primer perito agrícola á favor de nuestro santo paisano y patrono Isidro, mozo de labranza que tenía á su servicio D. Juan de Vargas, acaudalado contribuyente madrileño á principios del siglo XII.

El supradicho terrateniente D. Juan, á quien muchos escritores han llamado Ivan, en perfecto moscovita, estaba muy contento con el laborioso servidor. Y el operario, que era hombre de devoción acendradísima, poníase á rezar en cuanto llegaba al campo, mientras un ángel muy amable descendía de los cielos y araba por él, en premio á su santa fe. Con que si el santo no era perito en lo que había que hacer para que la tierra estuviese bien labrada, que venga quien quiera y lo determine.

Los santos son seres ejemplares, y así no es de extrañar que cundiese tan considerablemente en posteriores tiempos el ejemplo prudente del bienaventurado. Desde entonces fueron y siguen siendo muchísimas las personas que decidieron, no ya rezar, sino hacer como que rezaban, mientras había quien laboraba para ellos, en una continua sucesión del «sic vos non vobis».

El santo era feliz. Hallábase casado con una mujer, natural de Torrelaguna, que se llamaba María de la Cabeza, y estaba dotada también de cualidades sobrenaturales. Un día en que quiso pasar el Manzanares que venía crecido, no tuvo más sino arrojar á las aguas su manto, y pasó sobre él á la otra orilla, como sobre una balsa. Con tal esposa, bienquisto de sus amos, y empezado á venerar en vida por sus visibles virtudes, el bienaventurado era dichoso.

Pero es que la desdicha estále reservada,

para largos años, después de su fallecimiento. El día 19 de Junio de 1622 celebró la villa de Madrid la canonización de San Isidro, al mismo tiempo que las de Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y San Felipe Neri. Las fiestas fueron suntuosísimas y Lope de Vega escribió para tal ocasión una comedia que se representó ese día en la Plaza Mayor. Antes de serlo ofrecíanse ya al santo augustas devociones, puesto que la Emperatriz Isabel, en 1528, fundó la ermita en donde el bendito labrador hizo nacer la fuente milagrosa que curó al príncipe D. Felipe, y después, en 1769, Carlos III dedicó la iglesia del que había sido Colegio Imperial de Jesuitas, y era la mejor de la villa. Entonces, cuando estaba glorificado y debía estar más venerado, fué cuando empezó á sufrir las impertinencias de sus devotos. Porque si no llueve, acúdense al santo, cometiéndose con él la grosera falta de decirle que se vaya á mandar llover, y si por el contrario, durante los días en que su romería se celebra, llueve sin petición de nadie, entonces es el obsequiarle con copiosa pedrea de piedras gordas y palabras muchos más gordas todavía.

¿Hay quien tal sufra si no es un santo que goza de la celestial bienandanza? Pero todo lo da por bien empleado para cuando la majeza madrileña va á divertirse, un poco funebremente, al pie de unos cementerios, y sirve de pretexto para que vivan los puestos de pitos y los de los botijos que han de ser la bendición de mucha gente hasta que llegue Octubre, ostentándose triunfantes por las noches en el balcón, entre las macetas de claveles dobles que se compraron al tío del burro y las hortensias y albahacas que se ferían en la primera verbena. En otros y repetidos tenderetes, la tía Javiere impone perdurablemente su mercancía. Los devotos dolientes, beben el agua milagrosa, porque

... si con fe la bebieses,
y calentura trujeres,
volverás sin calentura,

y con eso, á más de divertirse en la romería, vuelven curados por su fe, con lo que así como el santo se evitaba la molestia de arar, ellos se ahorran el médico y el boticario.

Las artes de Monipodio disfrutaban de un notable esplendor durante estos días. Pero las trazas más sutiles han perdido ya el encanto de la iniciativa individual. Tiempo hubo en que á la salida de las estaciones unos regocijados truhanes apostábanse para vender á los *isidros* recién llegados, ciertas tarjetas que los lugareños adquirían muy contentos, porque su precio, dicho sea en honor de la verdad, no solía ser muy elevado. En ellas solía leerse algo por este estilo: «Permiso para transitar libremente por la Puerta del Sol y licencia para beber agua de la fuente de Pontejos.» O bien así: «Vale para pasear durante una tarde por el Salón del Prado y visitar los alrededores del Museo de Pinturas.»

Ahora, tan peregrino ardid no existe explotado por sus ingeniosos inventores. Sino que al presente, con mucha menos gracia, y costándonos bastante más dinero, son los propios gobernantes quienes se encargan de hacernos á todos, lugareños y cortesanos, que paguemos hartos pingüemente el ejercicio del vivir.

Y aquí se advierte asimismo algo del ejemplo del santo labrador que tanto influjo ejerce en nuestras costumbres públicas y privadas. Como con la hijada tan divina, que dice la décima piadosa, también consiguiese sacar agua de peña. Y los infinitos pacientes no podemos por menos de contemplar impasibles todos esos prodigios, porque sabemos que hace tiempo en este país se vive de milagro.

PEDRO DE RÉPIDE

EVA DOMÉSTICA

PEPE LUIS.—Déspota ó esclava, nunca amiga, ha dicho Stendhal de la mujer.

CARLOS.—Y es verdad... Podríamos clasificar á las mujeres en dos grandes grupos: aquellas que lloran, sufren y aman, y aquellas otras que sonríen, se divierten y... aman mucho más que las de la primera serie...

PEPE LUIS.—Que aman á más hombres, no que aman más.

CARLOS.—Las dos cosas van unidas. En esto de los sentimientos ocurre lo mismo que con las ideas, mejor, con eso que llamamos ideales... Unicamente un cerebro elemental, nada complejo, puede contentarse con una sola idea para toda su vida... Por ejemplo, los zapateros remendones nacen y mueren federales... En cambio un D. Miguel de Unamuno varía á cada hora de dirección... Lo propio ocurre en asuntos de amor... Hay corazones simples y fuertes que no logran apoderarse más que de una ilusión y la conservan hasta la muerte... Pero las almas sensibles responden con un eco á cualquier tonada que entonemos á su lado... Mira, el caso se repite en todo... Las rocas altas no consienten en su austeridad sino el desarrollo de los pinares, y según bajamos á las tierras molludas y los climas dulces, se encuentran naranjos, rosaledas, plátanos, magnolias...

PEPE LUIS.—Sofismas de mediterráneo, amigo mío, sutilezas de mercader fenicio ó de griego que pasea y habla... ¿No ves que confundes la extensión con la profundidad? La mujer de un único amor cava un pozo que llena con sus lágrimas y que luego le servirá de fosa... Las otras mujeres que han amado un poco á muchos, extienden la tierra extraída del pozo, y después no la hallarán en la hora en que el cuerpo femenino se transforma en semilla de granados, lirios, rosas y nardos...

CARLOS.—Yo pienso como un griego, como un hombre que anda... Y tú eres sedentario hasta la inmovilidad...

PEPE LUIS.—Amar es descubrir cada día un matiz nuevo de belleza en la criatura amada.

CARLOS.—Yo prefiero descubrirlos en el amor, á lo largo de una historia plural del corazón, como la del poeta.

PEPE LUIS.—Nos olvidamos del tema, de lo principal... También las mujeres se dividen en esas dos grandes categorías del llanto, la amargura y la pasión, y de la sonrisa, el placer y el amorío...

CARLOS.—El amor negro y tachonado de oro, como un cielo estrellado, y el que podríamos comparar á un celaje sonrosado y

azul, como los que pintaban en Francia en el siglo XVIII... Resulta muy incómodo y tiene algo de penitencia el amor negro... Por no mancillar la pureza de su idilio, la mujer reúne todas las virtudes, y segura de que no se la puede coger en falta, fiscaliza tu conducta, y si por acaso la acusas de un descuido en un orden menor de cosas, te replica con la altivez de una intachable norma de vida... La anécdota se repite constantemente en los hogares españoles: el pobre marido se lamenta de que no almidonaron bien su camisola del frac y allí surge la señora y dice que si se duda de su fidelidad... Y grita ó enmudece como una reina entre piratas... ¡Un encanto, vivir con un San Jerónimo con faldas!

PEPE LUIS.—Cuidadito, *chao*, que te deslizas por la rampa de... ya me entiendes... Claro, la mujercita que nos engaña y teme nuestra ins-

pección, multiplica sus amabilidades en torno nuestro, y no fastidia con interrogatorios, ni registra nuestra cartera, ni... nos quiere...

CARLOS.—El ideal sería una mujer apasionada, pero amable...

PEPE LUIS.—La amiga al par que la amante.

CARLOS.—¡Un imposible! El eterno femenino te dominará en absoluto, ó se arrastrará á tus pies...

PEPE LUIS.—¿Y cuál de los dos tipos crees tú que se erige en amo y señor, y cuál en siervo?

CARLOS.—Suele ocurrir que nos gobiernen arbitraria y cruelmente los muñecos frívolos, sin alma... Y al revés... La mujer que más veces me ha abandonado en la estacada de los más graves conflictos, es una que me quería con un amor enorme, casi de leyenda...

PEPE LUIS.—No comprendo...

CARLOS.—Decía que era para redimirme con la purificación del dolor.

PEPE LUIS.—Eterno femenino, eterno enigma.

CARLOS.—Notanto...

Por ejemplo: ¿quieres que te diga el procedimiento de conocer sin un estudio detenido cuál de tus amigas pertenece á la escuela de las mártires del amor y cuántas, aquí se impone el plural, á la de los adorables verdugos?... Me enseñó esta ciencia un romano diabólico, un día que visitábamos juntos una exposición de perros y gatos en Londres...

PEPE LUIS.—Ya espero la cuchufleta...

CARLOS.—¡Oh, nada de bromas!... Desde el precedente del Paraíso sigue Eva oyendo el consejo de las alimañas... Pero Eva es ya doméstica y tiene que conformarse con el auxilio de los animales domésticos también... Perros y gatos...

PEPE LUIS.—¿Tanto que se deleitan las mujeres con las palabras armoniosas, embriagadoras, y salimos ahora con que buscan la música de los ladridos y el destemplado mayar?...

CARLOS.—No es eso. En aquella exposición, la mayoría de las damas y damitas acariciaban á los gatos, símbolo del capricho, la inconsecuencia, la ingratitud... Y sólo una visitante se detuvo donde los perros y pasó su mano enguantada por la trompa de un galgo que entornaba los párpados, desvanecido en voluptuosidades... El galgo, símbolo de la lealtad.

PEPE LUIS.—¿Quién era aquella mujer? ¿La conociste?

CARLOS.—Una española... ¡Otro símbolo de lo mismo que el lebre, y aún le gana!...

Federico GARCÍA SANCHÍZ

DIBUJO DE RAMÍREZ



ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS



"Retrato de señora", cuadro de Elías Salaverría

ELÍAS SALAVERRÍA

ERA en Septiembre, un Septiembre de cálidos oros y olvidado por la lluvia. Dos días llevaba el automóvil envolviendo los montes sobre las vueltas blancas y limpias de las carreteras, atravesando las espesas penumbras sombrías y húmedas, deteniéndose al pie de los edificios abrumados de tiempo y nobiliarios escudos, asomándose al mar... Como en unos desposorios de mi espíritu con la tierra deseada y desconocida, ofrecíame en toda su hermosura el alma y el paisaje de Vasconia. Bajo las ruedas del automóvil huían campo y pueblos y ciudades, y puertos acurrucados al pie de los ingentes cerros. Huracanaba la sensibilidad aquel vértigo de las emociones tan diferentes y tan fraternales; sin embargo, como el vértigo de la marcha despeinaba nuestros cabellos, nos cortaba el aliento y nos curtió las frentes...

En los caminos hallaba el orto nuestra ansiedad viajera y rompía áspero la paz vespéral el silbido de la sirena, avanzando más allá de la luz de los faros, cuando retornábamos a San Sebastián por un sendero que cortaba tajante y alto el cerro a la derecha y prometía el abismo fosforescente y movable y rumoroso del mar a la izquierda y en lo hondo.

¡Días inolvidables, de huella tan profunda y tan bien sembrada de recuerdos!

Pasajes, roído de lluvia y de años, con su monte erizado de castaños y tamizado de madreSelva, con sus calles sombrías, por donde ulula el viento y se abren boquetes de luz y de mar... Carretera de Zu-

márraga, á través de los cerros tan enormes, tan impregnados de la ingente y romántica fuerza de otros siglos, salpicados de los blancos caseríos de roja techumbre. Camino que parecía de cuento germánico, que era cual si realizara la irrealidad de penetrar en los dibujos de Gustavo Doré, el soñador. Valle de Loyola, tan riente y tan dominado por el Monasterio suntuoso, de los hombres vestidos de negro detrás de las puertas estofadas de oro, de los mármoles y los bronceos costosos y de la estatua guerrera y mística sobre la *aita Sah Inazoren ur bedeinkatua*... Vergara y el Cristo de Montañés, la torturada figura que os muestran á la luz de un cirio para darle más trágico relieve de humanismo á la policromada talla. Oñate, la hidalga, con sus palacios de piedras musgosas y sus fuentes con los bustos de caudillos carlistas. Playa de Fuenterrabía, de la finísima arena y del tranquilo mar, contemplando casi al alcance de nuestra mano las villas francesas de Hendaya, estremecidas entonces por los lamentos de sus soldados heridos...

Y en las plazas constitucionales los escudos rutilantes del Corazón de Jesús sobre los otros nobiliarios de piedra con los heráldicos signos desmochados; los juegos de pelota en que saltaban los hombres como muñecos elásticos; las viejas, tan viejas, tan viejísimas, dentro de sus ropas negras hilando como en las románticas estampas y las consejas antiguas el copo blanco de lino; los mozos de apolíneo torso que, sentados en rústicos bancos de piedra, trenzaban el cáñamo de las al-

pargatas y á nuestro paso alzaban desdeñosos el rostro perfecto que nos dejaban en la retina la visión de un perfil clásico de medalla... Y las carreteras arcaicas, arrastradas por los tardos bueyes que, con su aguijón, dirige el campesino de la obscura boina, los cabellos blancos y el rostro ceniciento...

Como era Septiembre, todos los manzanos se tronchaban con el peso de los auriros frutos. Rodaban sobre los prados y caían de las faldas de los montes...

Teníamos las fauces secas y el sol nos encendía el cuerpo apenas el automóvil apaciguaba su marcha. Sentimos previamente el gozo de hundir los dientes en la fresca carne de las pomos. Sentí yo también el deseo de traer á la amada una rama con sus verdes hojas y sus maduros frutos en la rústica y demetérica ofrenda del Septiembre espléndido.

Detuvimos el automóvil al pie de un caserío. Saltó el pintor á tierra y llamó á los caseros en el habla arcaica y hermética. Luego trepó al árbol, cortó la rama, y así, en mangas de camisa, con la pequeña boina tajándole la frente, con la risa y las palabras enigmáticas en los labios, se me apareció el vasco pintor de su tierra vasca. Era realmente el Elías Salaverría de *La procesión del Corpus en Lezo*, de *Gu*, de *El duelo*. Como por vez primera le veía recio y anguloso, tozudo la frente, altivo el mentón, hundidos los ojos en las cuencas orbitarias, pero chispeantes del fuego interior, largos los brazos y anchas las manos, brazos de agrícola y



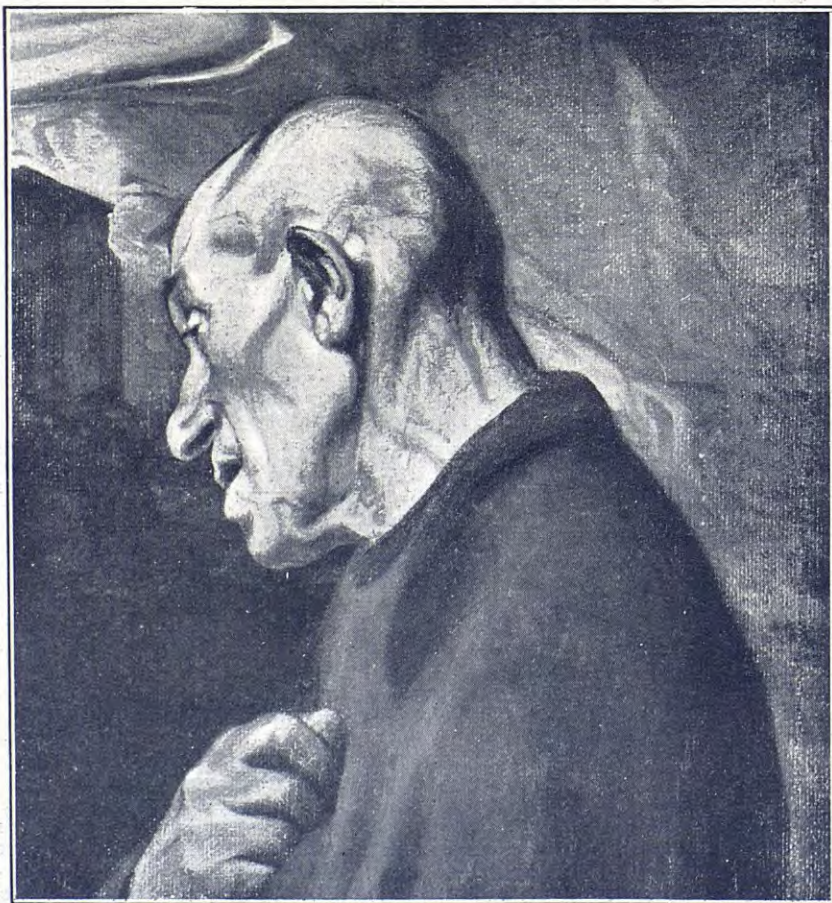
El ilustre pintor Elías Salaverría, en su estudio, comenzando el retrato del notable escritor José María Salaverría

manos de pelotari, la voz sonora, como hecha á pedirle ecos á las cumbres en los retornos de las romerías...

Elías Salaverría é Ichaurraudieta es hijo de unos campesinos de Lezo, un pueblecillo próximo á Rentería. Hombres del agro y hombres de la mar hay en sus ascendientes. Y todos ellos humildes. A veces en el camino encuentra el pintor á un boyero, ó desde un huerto le saluda el hortelano, y al pie de los muros sombríos de Pasages se detiene ante un pescador que, acurrucado, remienda sus redes de color de canela. Y son primos suyos, tíos, de los que él no puede avergonzarse, mientras ellos de él se enorgullecen.

El cuadro *Gu (Nosotros)*, que acaso es la obra más amada y donde más íntima fusión de color puso el artista, acusa este amor de Salaverría á los suyos y esta exaltación que de la humildad de ellos nace en todo instante. Bello documento psicológico es el cuadro. Hállanse en el padre fornido y en la madre viejecita, apergamada, bañado en marfilinos claros de primitivo misticismo el rostro, la base de esta familia de enamorados de la tierra y del ensueño. A la izquierda, el hermano que continuará la agrícola historia del padre; á la derecha, los otros cuatro hermanos: el pintor, el estudiante, la muchacha y el mozo de la flor en la boca, como el símbolo de sus improvisaciones de bersolari.

Elías Salaverría afirmó bien pronto su inclinación. Ayudaba á misa al cura de Lezo, y en los libros de la parroquia y en las paredes de la sacris-



Fragmento de una de las figuras más interesantes del cuadro titulado "El duelo"

tía dibujaba, como los hombres primitivos, los cuerpos y los movimientos de las bestias que compartían con ellos la vida cotidiana.

A los doce años alguien presintió el porvenir y consiguió que Salaverría fuera admitido en la Escuela de Artes y Oficios de San Sebastián. Y todas las noches, esas noches terribles, tempestuosas, del invierno vasco, Elías Salaverría atravesaba á pie dos veces los kilómetros que separan Lezo de la capital.

Acudió luego en su protección don Nicolás María de Urgoiti, que une á su hidalguía el espíritu audaz y cultivado de un hombre de ciencia y florecido todo ello por una sensibilidad exquisita, y ya pudo Elías Salaverría venir á Madrid y correr mundo más allá de las fronteras...

En los comienzos, Salaverría era un adepto del luminismo sorollista. Nadie podría adivinarlo en estos cuadros y retratos de hoy, y, sobre todo, en su obra capital, la *Procesión del Corpus en Lezo*, que había de conseguir con rara unanimidad de prensa, de público y de Jurado, primera medalla en la Nacional de 1912.

Luis Menéndez Pidal supo aprovechar las condiciones excelentes del joven pintor. Supo él también desligarse á tiempo de las enseñanzas del maestro cuando ya pudieran serle perjudiciales.

Así, la *Procesión del Corpus en Lezo*, que era más una realidad que una esperanza, está ejecutado ya con una libertad que no tenían sus cuadros anteriores. ¿Quién? (Mención Honorífica el año 1904), *Tú primero*



"La procesión del Corpus en Lezo", cuadro de Elías Salaverría, que obtuvo primera medalla en la Exposición Nacional de 1912

(tercera medalla en 1906) y *Layadores* (tercera medalla en 1908). Cuajadas en ese cuadro admirable están todas las facultades técnicas y sentimentales que luego habría de desarrollar el ilustre artista en *Gu*, en *El duelo*, y en los retratos tan plenos de elegancia, tan decorativos, tan extraordinariamente femeninos de hoy.

Esta es realmente la última manera del ilustre pintor, tan claramente presentida en las anteriores, puesto que atendió siempre más al carácter de las figuras que al minucioso estudio del paisaje, sin que esto suponga abandono completo de él.

En la exposición particular de San Sebastián la mayoría de las obras eran retratos interpretados con señorial distinción, con refinada elegancia, en una sabia sobriedad de gamas, reveladora del sutil temperamento de Salaverría.

Destacábanse de entre la totalidad los fe-



Retrato del ilustre astrónomo vasco Sr. Orcolaga, por Elías Salaverría

meninos, lo mismo el de la señora de Urgoiti, severo y de recia traza castellana, que los otros de gentiles muchachas muy á la manera de los modernos retratistas franceses.

Todos estos cuadros dan á su arte los mismos contrastes de su vida. Porque Elías Salaverría, lo mismo viste el *smoking* y parla el francés convencional de los parisienses con una peripatética lujosamente ataviada en los salones de juego del Casino de San Sebastián, que trepa á un manzano para coger la más bella y más pródiga de sus ramas; tal como le ví en aquella mañana del Septiembre cálido, con la camisa desabrochada, la boina tajándole la frente y diciendo sonriente las palabras herméticas con que suplican al Señor los hombres humildes de su *Procesión*: «*Gaitz gustictatik aldeudugoitzatzau Jaina...*»

SILVIO LAGO



"Retrato de señora"



"Gu" ("Nosotros")

Cuadros de Elías Salaverría

MIRANDO AL PASADO



Fachada y patio del antiguo convento de Atocha

El convento de Atocha

Cuentan las viejas leyendas, que son patrimonio de la poesía del bello pueblo matritense, cómo temiendo fracasar Gracián Ramírez en el intento arriesgado de reconquistar la villa, después de encomendarse á la Virgen de Atocha, degolló á su mujer y á sus hijas, para que no cayeran en poder de los moros y, arrepentido de su crimen, visitó el santuario de Atocha—una vez logrado el triunfo—, recibiendo en pago á su heroísmo la vida que la Virgen milagrosa devolvió á las infelices víctimas de aquella tragedia.

Este suceso fué comentado en diversas ocasiones por los más esclarecidos ingenios. Y uno de ellos, D. Francisco de Rojas, lo llevó al teatro muy habilidosamente, convertido en linda comedia.

De la imagen de *Theothoca* se escribió mucho y muy sabroso, ya que el pueblo entero la guardaba una profunda devoción, trasladándola desde su ermita primitiva—que ya era aneja á la abadía de Santa Leocadia—al convento que, bajo la valiosa protección de Carlos V, hubo de empezarse á construir en 1523, con arreglo á los planos facilitados por los frailes talaveranos.

Según carta de San Ildefonso á un santo canónigo de Zaragoza, la Virgen tenía el hijo divino en el pecho izquierdo, y con la mano derecha le daba una manzana.

Constantemente estuvo amenazado este sa-

grado recinto, puesto tan lejos del centro de la población, no obstante la importancia adquirida en diversas ocasiones. Ya en 1611 se desplomó uno de los muros; medio siglo después se quemó la iglesia; en 1726 se hundieron la capilla mayor y la media naranja, sepultando á varias personas, y en plena guerra de la Independencia los franceses destruyeron buena parte del mismo, aprovechando el resto para cuartel.

Pasados los funestos días en que en sus claustros se tramaban vergonzosas intrigas contra las personas más altas y más leales, reedificóse el convento, púsose á la Virgen una diadema de oro, substituyendo á la que tuvo de madera, y otra vez asistieron los reyes á la Salve del sábado, trasladada al domingo durante los reinados de Carlos III y su hijo, cuando las campanas de todas las iglesias del tránsito repicaban sin cesar al cruce de la comitiva.

Tenía el prior la facultad de adjudicar los títulos nobiliarios al mejor postor, quedando el importe á beneficio de la comunidad, visitada por los monarcas siempre que hacían su primera entrada en Madrid ó cuando regresaban de sus expediciones y jornadas.

A tanta distinción uníanse los trofeos de multitud de glorias nacionales, depositados juntamente con las banderas bordadas por doña María Cristina de Borbón y el estandarte que en la batalla de Lepanto tremolara D. Juan de Austria.

También recogió las cenizas de Ríos Rosas y Palafox, que con las de Castaños y Prim formaron un panteón de hombres ilustres al que fueron agregándose Argüelles, Concha, Calatrava, Muñoz Torrero, Mendizábal, Olózaga, Martínez de la Rosa, Sagasta...

Y cuando jugaban al corro las chiquillas ponían en sus estrofas infantiles la vida breve de Elisa de Mambur, hija de un capitán, que iba á Atocha muy repeinada por su tía, con horquillas de cristal y peñecillos de oro, como la caja funeraria que encerró el cuerpo de la niña guapa, por quien lloraba un pajarito encima de la tapa.

Sus muros guardaron el secreto de la siguiente anécdota:

Hallándose el conde de Villamediana próximo á un fraile que rogaba una limosna para las almas del purgatorio, dióle un ducado. Acabais—dijo el fraile—de libertar un alma. El conde repitió la dádiva y el fraile añadió: Otra más, redimida. Multiplicaba el conde los ducados y el fraile repetía: Otra alma acaba de salir del purgatorio. ¿Me lo asegurais?—preguntó aquél—Sí, señor, ya están todas en el cielo. Y repuso el conde con su peculiar gracejo: Pues devolvedme inmediatamente mis ducados, que si las almas están en el cielo no hay que temer que vuelvan al purgatorio.

ANTONIO VELASCO ZAZO